

PEDRO DE PAZ

El hombre que mató a Durruti

Novela ganadora 'José Saramago' 2003



Barcelona, 1937. El comandante Fernández Durán, antiguo miembro del cuerpo de vigilancia de la Policía Gubernativa y actual comandante del ejército republicano durante la guerra civil española, es requerido por sus superiores para una singular misión: investigar las oscuras circunstancias que rodearon la muerte de Buenaventura Durruti, líder anarquista fallecido en el frente de la Ciudad Universitaria de Madrid en noviembre de 1936.

Para ello se trasladará a la capital en compañía de su ayudante, el teniente Alcázar, donde, tras una serie de avatares, sus pesquisas terminarán por conducirlo a unas conclusiones tan sorprendentes como inquietantes.

PEDRO DE PAZ

El hombre que mató a Durruti

Novela ganadora 'José Saramago' 2003



Cubierta: Clara Rodríguez

Pedro de Paz

EL HOMBRE QUE MATÓ A DURRUTI

Novela ganadora del Certamen “José Saramago” 2003

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

A Chon, mi princesa.

Y a mi familia.

NOTA DEL AUTOR

El 19 de noviembre de 1936, a los pocos meses de iniciarse la Guerra Civil Española, Buenaventura Durruti, afamado dirigente anarcosindicalista y símbolo revolucionario, resultó herido por un disparo mientras visitaba el frente de la Ciudad Universitaria de Madrid. Pocas horas después fallecía en las dependencias del Hotel Ritz, transformado durante la contienda en el Hospital de las Milicias Confederadas de Cataluña.

A día de hoy no existe certeza alguna acerca del origen del disparo que acabó con su vida.

A pesar de que este relato de ficción se inspira en circunstancias y hechos históricos y utiliza como recurso literario a personajes cuyos nombres y apellidos coinciden con los de personas que vivieron y estuvieron presentes durante el transcurso de los acontecimientos aquí narrados, todo parecido con la realidad quizá sea pura coincidencia.

Aquel cuartucho lúgubre olía a humedad y a miedo. Su ubicación en el semisótano de aquel edificio de la calle de Fomento y su austero mobiliario —una mesa de madera, dos sillas, una a cada lado de la misma, y un escritorio en un rincón— ayudaban a matizar, aún más si cabía, el aspecto de la sala de interrogatorios que era. En todo Madrid se conocían sobradamente las actividades ejercidas en la checa de Fomento y el mero hecho de encontrarse allí, tanto si era por voluntad propia como si no —como era el caso—, solía despertar el recelo incluso de la persona más templada. Consigo mismo como única compañía, acomodado en una de las sillas, un hombre jugueteaba nerviosamente con la gorra de miliciano que sostenía entre las manos mientras aguardaba no sabía exactamente a qué. Un sudor frío recorría su espalda y la dilatada espera a la que le estaban sometiendo no ayudaba precisamente a hacerle sentir más cómodo. Tras una demora que le pareció eterna, la puerta se abrió al fin y entraron en la sala dos personas vestidas de uniforme. El hombre alzó la mirada y reparó en los galones que lucían sus hombreras. Ambos eran oficiales del ejército republicano. Sin cruzar una sola palabra, ni entre ellos ni con el hombre que allí aguardaba, los recién llegados extrajeron unos documentos de una cartera de piel y comenzaron a ojearlos. De cuando en cuando alguno

de los dos alzaba la vista hacia aquel hombre para volver a posarla de nuevo, segundos después, en aquellos documentos.

Uno de ellos era mayor que el otro, más cercano a los cuarenta que a los treinta, de aspecto curtido, expresión severa y ojos pequeños, grises, de mirada penetrante. Todos estos detalles, unidos a sus ademanes y su porte, sugerían cierta autoridad. El otro era más joven, de una edad indeterminada que parecía rondar los veinticinco. Poseía una expresión más afable, menos dura, pero su actitud, su menor rango y, sobre todo, la deferencia con la que parecía tratar a su compañero insinuaban que su misión consistía en la de ser un mero asistente. Finalmente, el oficial de mayor edad introdujo los documentos en la cartera, la cerró y, tras depositarla sobre la mesa, se dirigió a la persona que se encontraba en la sala.

—¿Cómo se llama?

El hombre se puso inmediatamente en pie y se cuadró delante del oficial.

—Julio Graves. A sus órdenes, mi comandante.

—Descanse, Graves —respondió el oficial—. Siéntese.

El hombre obedeció. El oficial más joven se encaminó hacia el rincón de la sala en el que se ubicaba el escritorio, tomó asiento y desplegó sobre el tablero una serie de cuartillas en blanco con el evidente ánimo de tomar notas en lo que, a todas luces, daba la impresión de ser un interrogatorio en toda regla.

—Yo soy el comandante Fernández Durán y él es el teniente Alcázar —explicó el de más edad al tiempo que señalaba al joven—. ¿Sabe usted por qué se encuentra aquí?

—No, mi comandante —negó Graves—. Simplemente me ordenaron que viniera.

Con gesto pausado Fernández Durán se sentó en la silla que quedaba libre, de espaldas a la puerta y frente a Graves, estudiando a este con atención. Tras unos instantes extrajo de nuevo los papeles de la cartera, los distribuyó sobre la mesa y los volvió a ojear por encima con escaso interés, como si conociese de memoria su contenido. Finalmente se dirigió a Graves con tono neutro.

—Según consta en la documentación que obra en nuestro poder —dijo Fernández Durán al tiempo que señalaba los papeles dispersos sobre la mesa—, hasta hace poco usted ejercía labores de chófer para el comandante Durruti. ¿Es así?

Graves no estaba seguro de si la respuesta correcta, la respuesta esperada, era decir que sí o decir que no. Finalmente optó por contestar la verdad. Al fin y al cabo, no tenía nada que ocultar.

—Sí, señor —respondió Graves con voz queda. El recelo revoloteaba en el tono de sus escuetas palabras.

—Y que se encontraba ejerciendo dichas labores el día que Durruti recibió el disparo que acabó con su vida, el pasado 19 de noviembre —continuó interrogando Fernández Durán.

—Sí, así es, señor.

—Cuéntenos lo que ocurrió ese día. Sé que han pasado cerca de dos meses pero intente ser lo más fiel que pueda a los hechos. Relátelos con el mayor detalle que sea capaz de recordar.

Graves, atenazado por los nervios, inspiró profundamente y soltó el aire en un prolongado suspiro. Seguía sin tener claro en calidad de qué había sido convocado en aquel lugar cuya siniestra reputación no sólo no le inspiraba la menor confianza sino que, además, no le ayudaba en absoluto a despejar sus dudas al respecto.

—Esa mañana nos encontrábamos en el cuartel general de la Columna Durruti, en la calle Miguel Ángel —Julio Graves fijó su mirada en un punto del infinito mientras trataba de evocar los hechos que estaba narrando—. Yo estaba preparando el coche porque íbamos a salir a dar una vuelta de reconocimiento, creo recordar. Alguien llegó al cuartel y habló con Durruti durante unos minutos. Recuerdo que, mientras conversaban, Durruti parecía muy enfadado y hacía muchos gestos y aspavientos. En cuanto terminó de hablar con esa persona, Durruti se me acercó y me dijo que nos íbamos inmediatamente a la Ciudad Universitaria. Montamos en el coche y nos fuimos para allá.

—¿Recuerda el nombre de la persona que habló con Durruti?
—le interrumpió Fernández Durán.

—No, mi comandante. Sé que era alguien de la columna. Le había visto en varias ocasiones, pero no conozco su nombre.

—¿Quiénes subieron al coche?

—El sargento Manzana, que acompañaba a Durruti como solía ser habitual, el propio Durruti y yo, señor.

—Prosiga —señaló Fernández Durán.

—Llegamos a la plaza de Cuatro Caminos y giré por la avenida de Pablo Iglesias a toda velocidad. Al final de la avenida cogimos una calle a la izquierda, bordeamos unas casitas bajas y luego giramos a la derecha con la intención de acercarnos hasta el Hospital Clínico. Recuerdo que hacía muy buen día. Me chocó por las fechas en las que estábamos, a últimos ya de noviembre. Llegando a una bocacalle vimos a un grupo de milicianos que parecía venir a nuestro encuentro. Durruti sospechó que aquellos muchachos tenían la intención de abandonar el frente y me dijo que parase el coche. Maldita la hora, mi comandante. Estábamos en zona de fuego enemigo. Las tropas moras, que ocupaban el Hospital Clínico y dominaban el lugar, disparaban contra todo lo que se movía. No se oían más que tiros por todos lados. Por precaución, estacioné el auto en la esquina de uno de aquellos hotelitos de la zona. Durruti y Manzana bajaron del coche y se fueron hacia el grupo de milicianos para preguntarles dónde iban. Los

soldados, sorprendidos en su falta, no supieron qué contestar. Durruti les reprendió severamente y les ordenó que volvieran a sus puestos.

—¿En qué punto exacto del recorrido realizaron dicha parada? —inquirió Fernández Durán.

—No sabría decirle con exactitud, mi comandante —respondió Graves—. Como le he dicho, bajamos por la Avenida de Pablo Iglesias y luego giramos a la izquierda por una calle que hace curva y bordea los hotelitos. Avenida del Valle creo que se llama, pero no estoy muy seguro. Más o menos al final de esa calle es donde nos paramos.

—¿Y usted descendió del vehículo?

—No, señor. Yo estaba al volante y con el motor en marcha, a la espera de que volvieran para ponernos a salvo lo antes posible. Ya le he dicho que la zona estaba siendo batida por fuego enemigo.

—¿Qué ocurrió después?

—Los soldados a los que reprendía Durruti agacharon las orejas y se dieron media vuelta, mi comandante. Durruti y el sargento Manzana se vinieron para el coche. Estábamos enfrente del Hospital Clínico y los rebeldes no dejaban de disparar. Varias balas silbaron cerca. Muy cerca, mi comandante. Parecía como si los moros se hubieran dado cuenta de que estábamos allí y, al ser un blanco fácil, hubieran

decidido arremeter contra el coche. Pude oír a mi espalda cómo Durruti abría la puerta de atrás y a continuación un disparo. Durruti cayó al suelo con el pecho cubierto de sangre. Yo salí del vehículo y ayudé a Manzana, que tenía un brazo herido y vendado, a meterlo en el asiento de atrás. Di media vuelta al coche y nos dirigimos a toda velocidad hacia el hospital que hay en el Hotel Ritz. Al llegar nos atendió el doctor Santamaría, el médico de la columna, y se llevó a Durruti rápidamente a los quirófanos que estaban en los sótanos del hotel. Manzana y yo nos volvimos al cuartel general a la espera de noticias o de nuevas órdenes. Por la noche volvimos al Hotel Ritz. Durruti estaba muy mal, inconsciente. El doctor Santamaría nos dijo que había muy pocas esperanzas, que la herida era muy seria y que no sabía si pasaría de esa noche —a Julio Graves se le enturbiaron los ojos y su voz se quebró—. Y no pasó, señor. No pasó. Murió esa misma madrugada.

Graves bajó la mirada hacia la gorra que sostenía entre las manos y se mantuvo en silencio. Fernández Durán hizo una pausa con intención de que se serenase. Graves, abochornado, levantó la mirada y carraspeó. Fernández Durán continuó preguntando como si nada hubiera sucedido con el fin de no azorar más a aquel hombre.

—¿Resultó herido alguien más durante el incidente?

—No, señor. Sólo hirieron a Durruti.

—¿Qué es lo que ocurrió según su opinión, Graves?

—Esos malditos fascistas, señor. Los rebeldes tenían tomado el hospital y disparaban para todos lados. Alguno durmió esa noche sin saber todo el daño que había hecho. La persona que disparó quizá hasta lo hizo sin apuntar, al bulto, y con ese disparo mató a una de las mejores personas que he conocido en mi vida.

—Está bien, Graves. ¿Desea añadir alguna cosa más?

—No, mi comandante.

—Puede retirarse.

Graves se levantó y se dirigió hacia la puerta. A punto de salir se detuvo un momento, dudó durante una décima de segundo, como si pretendiese declarar algo más, pero finalmente cerró la puerta tras de sí dejando a los dos oficiales en la sala.

Fernández Durán permaneció en su asiento, mirando al frente, digiriendo en silencio, palabra por palabra, el testimonio que acababa de escuchar. Segundos después se volvió hacia su asistente.

—¿Qué le ha parecido, teniente?

—Nada en especial, mi comandante —respondió Alcázar—. Ha añadido algunos detalles que desconocíamos pero, básicamente, los hechos coinciden con los reflejados en los informes que ya disponemos.

—¿Pudo finalmente localizar a todas las personas de la lista que le di, Alcázar? —inquirió Fernández Durán.

—Casi, señor —contestó Alcázar al tiempo que se incorporaba de su asiento para acercarse hasta su comandante—. He localizado a todos con excepción de los milicianos a los que supuestamente reprendió Durruti tras bajarse del coche. Me ha sido imposible dar con ellos. Pero le he pedido al capitán Angulo, de la columna Del Rosal, que venga.

—¿Quién es ese tal capitán Angulo, Alcázar? —preguntó con extrañeza Fernández Durán—. No está en la lista que le entregué ni consta como testigo presencial del hecho en ninguno de los informes.

—Y no lo fue, mi comandante —explicó Alcázar—. Cuando buscaba a los milicianos me dijeron que el capitán Angulo era el oficial de la agrupación bajo la cual servían y también me dijeron que conoce de primera mano lo que ocurrió porque se lo contaron sus propios hombres. A falta de otra cosa, me he tomado la libertad de pedirle que viniera.

—Está bien, Alcázar.

Alcázar dudó un instante. Finalmente decidió hacerle al comandante la pregunta que rondaba por su cabeza.

—¿Puedo hacerle un comentario, mi comandante?

—Hágalo, teniente.

—Me sorprendió, señor, que la lista que usted me entregó fuese tan escueta. Según los informes e incluso lo que se oye

en la calle, hubo más testigos que dijeron haber estado presentes y que vieron lo sucedido.

—Alcázar, ya sé que según los informes y las distintas declaraciones hubo más testigos. Demasiados incluso. Si damos por válidas las declaraciones de todo el mundo que dijo verlo, la zona hubiera debido parecerse a la plaza de las Ventas a las cinco de la tarde en día de corrida. Ante un hecho de esta magnitud todos quieren ser protagonistas por un día. Pero incluso usted mismo se percató, durante los días en los que estudiamos los informes que nos entregaron, de que muchas de las versiones diferían unas de otras y también de muchas de las inconsistencias en algunas de las declaraciones hasta el punto de tornarlas imposibles. Tras un estudio detallado de los informes y según mis conclusiones, me he limitado a incluir a aquellos que, invariablemente y a ciencia cierta, estuvieron presentes o tuvieron que ver con el suceso sin asomo de duda. Tiempo habrá de llamar a otras personas, pero por el momento no lo considero necesario hasta que hayamos logrado interrogar a todos los integrantes de esa lista y veamos si podemos llegar a una conclusión. ¿A quiénes ha logrado citar para hoy, teniente?

—A todos a excepción del sargento Manzana, que se encuentra fuera, en el frente de Aragón, comandando la columna Durruti y no llegará a Madrid hasta mañana por la tarde. El resto está aguardando en el despacho contiguo. El

doctor Santamaría no ha llegado aún, pero me aseguró que acudiría a la cita.

—Está bien. Haga pasar al siguiente.

—Sí, mi comandante.

El teniente salió de la sala. Fernández Durán observó con desinterés los documentos dispersos sobre la mesa mientras trataba de forjar en su cabeza una visión general del asunto que tenía entre manos. Tal y como había mencionado Alcázar hacía un momento, la historia de Julio Graves coincidía en su mayor parte con la versión oficial, con la versión mil veces repetida que circulaba de boca en boca por los despachos oficiales y que todo el mundo aceptaba como válida. Nada de todo aquello parecía sugerir algún detalle turbio. Una baja de guerra más. Y aun así, a pesar de ello, había decidido aceptar aquella extraña misión. No sabía exactamente el motivo aunque, en su fuero interno, lo intuía. Quizá fuese ese sexto sentido suyo que había desarrollado siendo policía, antes de la guerra. Era ese olfato entrenado a lo largo de tantos años de profesión el que le decía que algo en aquel asunto estaba fuera de lugar. Había aspectos que a Fernández Durán no le habían gustado desde que conoció los detalles del mismo. Como por ejemplo y sin ir más lejos, su propio cometido. Aun tratándose de la muerte de un destacado dirigente anarquista, de una figura muy representativa de la lucha en contra de los militares sublevados, aun siendo una inestimable pérdida, no dejaba de ser una baja más en el frente. Hasta cierto punto le resultaba

verdaderamente insólito que le hubiesen encargado la labor de abrir una investigación al respecto. Recordó cómo, a primeros de enero de 1937, estando destinado en Barcelona, había recibido un día la llamada de su superior comunicándole que había sido requerida su presencia en una importante reunión la cual iba a tener lugar en breve. Reunión en la que estarían presentes a su vez destacados miembros del gobierno republicano. Fernández Durán creyó que su labor se limitaría a las habituales tareas de vigilancia y escolta a las que solía estar destinado pero su superior no tardó en sacarle de su error. La explicación fue concluyente. Habían solicitado su presencia de forma explícita y no en calidad de escolta. Una comisión le había escogido debido a sus antecedentes como policía y a la fama, merecidamente adquirida en tiempos anteriores a la guerra, de su intuición policial y de su buen hacer en la resolución de los casos que le eran normalmente asignados. Y había sido elegido para llevar a cabo una investigación acerca de las circunstancias que rodeaban la muerte del comandante Buenaventura Durruti. Además, recibió la orden tajante de llevar la investigación con la más absoluta reserva y de dar cuenta de ella única y exclusivamente a dicha comisión. Al principio, le sorprendió el encargo y sobre todo las condiciones en las que debía llevarlo a cabo pero cuando, días después, se entrevistó con los miembros de la comisión para ultimar detalles, su inicial sorpresa se desvaneció al descubrir entre los presentes a altos cargos del gobierno republicano que habían mantenido una férrea y sincera amistad con el difunto. Y salió

de aquella reunión con el firme convencimiento de que aquello no se trataba de un encargo oficial, sino más bien de algo oficioso en lo que parecían primar intereses personales. En dicha reunión le fue entregada la escasa documentación de la que se disponía acerca del caso y, para ayudarle a llevar a cabo su tarea, le fue asignado como asistente el teniente Alcázar. «El sabueso», como él lo llamaba. Un hombre de un nivel cultural más bien sencillo aun a pesar de que sabía leer y escribir correctamente, cuestión de la que, en aquella época, no todo el mundo podía jactarse, pero provisto de una notable y brillante inteligencia, de probada honestidad y reserva, dotado de un gran don de gentes y de la sorprendente habilidad de conseguir, aun en los tiempos de escasez por los que pasaban debido a la contienda, cualquier cosa que se propusiese. Desde la ubicación de una persona concreta, por difícil de localizar que esta fuese, hasta una caja de champán francés. Fernández Durán y Alcázar estuvieron durante días investigando en archivos, estudiando declaraciones e informes, recopilando toda la información que fueron capaces de encontrar para finalmente llegar a la conclusión de que las pistas más sólidas debían encontrarse en la capital de España, el lugar de los hechos. Por este motivo habían solicitado permiso para desplazarse hasta Madrid con el fin de continuar su investigación. Habían llegado a la capital tres días atrás y en ese tiempo récord, gracias a las diligentes gestiones de Alcázar, que sólo Dios sabía lo que habría tenido que prometer, regalar, adular o sobornar —Fernández Durán prefería no darse por

enterado—, habían logrado dar con el paradero del chófer de Durruti así como del resto de supuestos testigos cuya declaración Fernández Durán consideraba indispensable para llegar al fondo de aquella cuestión.

El sonido de unos goznes le abstraigo de sus pensamientos. La puerta del cuarto se abrió para dejar paso a Alcázar seguido por un hombre ataviado con el habitual mono azul de los milicianos. Alcázar cerró la puerta en cuanto su acompañante hubo entrado y se retiró al mismo rincón de la estancia en el que había permanecido durante el interrogatorio de Julio Graves. El teniente no pronunció una palabra pero su gesto denotaba una mezcla de hastío y resignación. A pesar del celo demostrado en el desempeño de sus funciones, para Alcázar aquel asunto suponía una completa pérdida de tiempo. Para él estaba claro lo que había ocurrido en el caso de la muerte de Durruti. Salvo alguna discrepancia, la versión oficial recogida en el informe era factible, correcta y no merecía la pena buscarle las vueltas a algo que no las tenía. De hecho, así se lo había manifestado a su comandante durante las conversaciones previas a las sesiones de interrogatorio. Aun así, Fernández Durán había insistido en llevar a término la tarea que les había sido encomendada de la forma más eficiente y completa posible.

El hombre que había entrado acompañando a Alcázar permanecía en pie, en un tosco remedo de algo que recordaba lejanamente a la posición de firmes. Presentaba un aspecto

lastimoso. Sucio, desaliñado y probablemente hambriento, su rostro sin afeitar mostraba los efectos de semanas de combate sin descanso. Casi con seguridad, había sido sacado del frente para acudir a aquella entrevista. Fernández Durán le observó con una mezcla de compasión y respeto. No sólo por aquel hombre, sino por todos aquellos que, sin duda alguna, se encontraban en esos momentos en idéntica situación.

—Siéntese, por favor —le indicó Fernández Durán con deferencia, conmovido por el aspecto del miliciano.

El hombre obedeció y tomó asiento en la silla que momentos antes había ocupado Julio Graves. En el reflejo de su mirada se adivinaba una cierta expectación ante la irregular situación, pero su presencia de ánimo parecía revelar una menor inquietud que la que había mostrado el chófer momentos antes.

—¿Cuál es su nombre, camarada? —le preguntó Fernández Durán con condescendencia.

—Me llamo Antonio Bonilla —el aludido hizo una pausa—. ¿Estoy detenido, mi comandante?

—En absoluto. Sólo está aquí para responder a unas preguntas. ¿Dónde está destinado, camarada Bonilla?

—Soy de la columna Durruti, mi comandante —contestó Bonilla. Su tono era sencillo, campechano—. Vinimos hace algo más de dos meses, a mediados de noviembre, desde el frente

de Aragón y nada más poner un pie en Madrid nos enviaron para la Ciudad Universitaria porque parecía ser que había jaleo por aquella zona. ¡Vaya si lo había! Aquello fue una escabechina, ¿sabe? En cinco días cayeron por lo menos la mitad de los nuestros.

—Cuénteme lo ocurrido el pasado día 19 de noviembre — preguntó Fernández Durán.

Bonilla clavó su mirada en el comandante al tiempo que una sombra suspicaz bailaba en sus ojos.

—¿A qué se refiere, mi comandante?

—Sabe perfectamente a qué me refiero. Empezé desde el principio, por favor. ¿Qué ocurrió ese día?

Bonilla dudó. A pesar de su transigencia y afabilidad iniciales, Fernández Durán le observaba con cierta severidad. Bonilla tragó saliva y comenzó su relato.

—Como le he dicho, mi comandante, nos destinaron a la Ciudad Universitaria nada más llegar. Nos habíamos refugiado en unos chalés que estaban cerca al Hospital Clínico. Veíamos al enemigo en las ventanas del hospital y ellos a nosotros. De vez en cuando cambiábamos algunos disparos, pero aparte de eso, la zona estaba más o menos tranquila. El día 18 por la noche se llegó hasta nosotros un capitán de dinamiteros de la columna Del Rosal y nos dijo que había descubierto que durante la noche, las tropas rebeldes se retiraban del hospital a

través de un subterráneo que comunicaba el hospital con la Casa de Velázquez para volver a sus líneas y reponer munición y también nos dijo que aprovecharíamos aquella noche para tomar el hospital cuando los rebeldes se retiraran. Decidimos que a las cuatro de la mañana haríamos una descarga cerrada sobre las ventanas del hospital y que si el enemigo no respondía, sería señal de que el edificio estaba libre y nos lanzaríamos al asalto. Así lo hicimos la madrugada de aquel día, que ya era el 19 y al no responder nadie al fuego, asaltamos el hospital, dejando fuera un retén de tiradores, entre los que me quedé yo, para cubrir la retirada, por si había que volverse. Entraron sin ningún problema. ¡No vea usted, mi comandante, qué juerga! Al poco se les oía hasta cantar *La internacional* a gritos desde la terraza del edificio. Pero con la letra de verdad, mi comandante, la de los anarquistas. Poco después comenzaron a escucharse disparos y gritos. Los rebeldes habían vuelto por el subterráneo y al encontrarse el hospital ocupado se inició el tiroteo dentro del mismo hospital, piso por piso. Se lió la marimorena, mi comandante. Poco a poco, nuestras tropas se fueron retirando del hospital y fueron regresando a la posición en la que estábamos. Al llegar, nos dijeron que se estaban retirando por orden expresa y bajo la responsabilidad de uno de los capitanes de la columna Del Rosal y pensé que era necesario informar a Durruti, nuestro comandante, de cómo estaba la situación y pedirle nuevas órdenes.

Bonilla dio por concluido su relato. Resultaba más que evidente que no deseaba internarse por el camino que Fernández Duran le había invitado a tomar y se había dedicado a divagar todo lo que la situación le permitía.

—No necesito el parte de guerra de aquel día, Bonilla —dijo Fernández Durán sin inmutarse pero sin dejar de mirarle a los ojos—. Quiero saber lo que pasó después. Continúe, por favor

Bonilla titubeó por un instante y siguió hablando.

—Avisé a dos hombres de nuestra columna y les dije que se vinieran conmigo. Escogí a un tal Lorente por ser el mejor conductor y a Miguel Doga, compañero valiente donde los haya, por si teníamos problemas por el camino. Cogimos un coche, un viejo Hispano-Suiza que nos habían dejado los camaradas de Madrid, para dirigirnos al cuartel general de la columna, en la calle Miguel Ángel, donde sabíamos que estaría Durruti. Al llegar al cuartel general vi a Julio Graves, que era el chófer de Durruti, preparando el Packard que usaban habitualmente porque, según me dijeron, Durruti y el sargento Manzana tenían intención esa mañana de salir a dar una vuelta de reconocimiento. Al vernos, se acercaron a nosotros y le conté lo que había pasado la noche anterior. ¡Qué cabreo se cogió Durruti, mi comandante! Me dijo que quería decirle cuatro cosas al capitán ese de la columna Del Rosal y que iría de vuelta con nosotros. Me fui para Julio y le dije que nos siguiera con su coche porque algunas de las calles estaban muy batidas por el enemigo y que les llevaríamos por las menos

peligrosas. Y montaron en el coche para seguirnos hasta la Ciudad Universitaria.

—¿Iba alguien más con ellos? —interrumpió Fernández Durán.

—No, mi comandante. Sólo iban ellos tres en el Packard y nosotros tres, Lorente, Doga y yo, delante, en el Hispano-Suiza. No vino nadie más.

—¿Conoce el paradero actual de Lorente o de Doga?

—A Doga oí decir que lo mataron una semana después, en la Ciudad Universitaria, pero no le puedo asegurar si es cierto o no. De Lorente no sé nada, mi comandante.

—¿Y la escolta habitual de Durruti?

—No vino. Durruti se cabreó tanto cuando le conté lo sucedido que no quiso esperar ni a la escolta ni a nadie. Ya sabe usted lo echao p'álante que es... —Bonilla hizo una pausa—. Perdón, mi comandante, quería decir que era...

—Prosiga —le instó Fernández Durán.

—Como le decía, mi comandante, en el Packard iba conduciendo Graves. El sargento Manzana y Durruti iban sentados atrás. Manzana llevaba la mano derecha en cabestrillo. Creo que la llevaba herida por un accidente que tuvo unos días antes. Y además, llevaba su naranjero colgando del hombro. Nosotros íbamos por delante guiándoles. Según nos acercábamos a la zona donde estaban nuestras tropas,

fuimos poniendo más cuidado y reduciendo la marcha. Cuando girábamos por alguna calle, nos adelantábamos un poco para inspeccionar el terreno y parábamos a esperar a que el Packard que nos venía siguiendo llegara hasta nosotros. Cuando giramos para coger la última calle en la que estaban los chalés donde nos habíamos instalado, nos paramos unos veinte metros más allá a esperar. Vimos que justo en la esquina de la calle, el Packard donde iba Durruti se había detenido y que Durruti, junto con Manzana, bajaba del coche para hablar con cinco muchachos que estaban sentados en la acera fumando un cigarrillo y tomando el sol. No estoy seguro del todo, mi comandante, pero juraría que eran de la columna Del Rosal y que la noche anterior habían estado presentes en el asalto al Hospital Clínico.

—¿Recuerda el sitio exacto donde estuvieron parados, Bonilla? —preguntó Fernández Durán.

—La verdad es que no, mi comandante. Yo soy de fuera y no me conozco Madrid. Me pierdo mucho por las calles. Por eso me llevé a Lorente como conductor —respondió Bonilla con gesto afligido—. Estábamos cerca del Clínico, eso sí, en una zona de chalets y casas bajas como le he dicho. Creo que estábamos al final de la Avenida de Pablo Iglesias, pero no le puedo decir mucho más.

—Está bien, Bonilla. Continúe.

—Como le decía, estuvimos parados durante un par de minutos allí, esperando, y una de las veces, al volver a mirar hacia atrás para comprobar si el Packard había echado a andar para alcanzarnos, vi cómo el coche donde viajaba Durruti daba media vuelta y regresaba de nuevo a toda velocidad por donde habíamos venido. Bajé del coche y me acerqué corriendo hacia los muchachos para preguntarles qué había pasado. Me contestaron que había un herido. Cuando les pregunté que si sabían quiénes eran los del coche, con la intención de que pudieran decirme cual de ellos había sido herido, me contestaron que no los conocían.

—¿Oyó usted algún disparo durante el tiempo que estuvieron esperando al Packard? —preguntó Fernández Durán.

—No, mi comandante. Salvo alguno esporádico y muy lejano que venía de la zona universitaria, no oí ningún disparo cerca de donde estábamos.

—¿Vio usted algún signo de pelea entre Durruti y los milicianos con los que hablaba?

—No, mi comandante. Mientras esperábamos, echaba vistazos de vez en cuando para ver si arrancaban de una vez. Vi por la ventanilla trasera de nuestro coche que Durruti les estaba echando una bronca impresionante pero yo no sabía el motivo y además no vi ningún gesto de amenaza por parte de nadie.

—¿Qué hizo usted después de que el coche de Durruti diese media vuelta?

—Dimos media vuelta también y nos fuimos para el cuartel general por si habían vuelto allí pero no les encontramos así que nos volvimos de nuevo a la Ciudad Universitaria. Al día siguiente me enteré por el compañero Mora de que Durruti había sido herido, de que había sido llevado al Hospital de las Milicias de Cataluña, en el Hotel Ritz y de que había muerto esa misma madrugada.

—¿Vio usted caer herido a Durruti?

—No, mi comandante. Yo tenía los ojos puestos en todos lados por si las moscas. Estábamos prácticamente en la línea de frente y, a pesar de tranquilidad del momento, no estaban las cosas como para andarse con tonterías. Como le digo, echaba vistazos de cuando en cuando para ver si arrancaban y nos seguían. Yo no llegué a ver el momento justo en el que lo hirieron, pero...

Fernández Durán permaneció en silencio durante unos instantes mientras miraba fijamente a los ojos de Bonilla. El nerviosismo de este aumentaba por momentos.

—¿Tiene algo más que añadir, camarada?

El miliciano tragó saliva.

—Bueno, mi comandante, quizá no tenga importancia — Bonilla se mostraba visiblemente azorado—. Yo no quiero decir nada ni acusar a nadie, pero...

—Concluya —atajó Fernández Durán.

—Dos días después llevamos a un compañero herido al Hotel Ritz. En uno de los pasillos me crucé con el doctor Santamaría, el médico de la columna. Por Mora yo sabía que él había sido el doctor que atendió a Durruti en primera instancia. En esos momentos, Santamaría conversaba con otra persona a la que no reconocí y no reparó en mi presencia. El tono de su conversación era bastante áspero. No discutían pero les faltaba poco. Al pasar a su lado escuché algo que me resultó muy extraño.

—¿Qué fue?

Bonilla dudaba. Parecía no tener muy claro si debía continuar hablando. Finalmente contestó a la pregunta de Fernández Durán.

—Santamaría le estaba diciendo a la otra persona que el disparo que mató a Durruti había sido hecho a bocajarro. Dijo que incluso había visto un círculo de pólvora quemada en el chaquetón de cuero de Durruti y que eso sólo podía haberlo hecho el fogonazo de un disparo a muy corta distancia.

—¿Recuerda usted si ese día Durruti iba armado?

—No lo iba, mi comandante. Al menos eso parecía. Quizá llevase su Colt 45 dentro del chaquetón ya que nunca se separaba de él, pero yo no le vi armas.

—Está bien. Retírese —sentenció Fernández Durán.

Bonilla salió de la estancia. Alcázar permanecía en un rincón, a espaldas de Fernández Durán. Este continuaba mirando hacia el lugar donde había estado sentado Bonilla momentos antes, sin decir nada. Finalmente, se incorporó despacio de su asiento y, sin dejar de mirar al frente, le habló a su asistente como si estuviese reflexionando en voz alta.

—¿No le resulta curioso, Alcázar? —dijo Fernández Durán ensimismado.

—¿El qué, mi comandante? —preguntó Alcázar levantando la vista de sus notas.

—Al parecer, todos sabemos lo que ocurrió —Fernández Durán se volvió hacia el teniente—. A todos nos han explicado lo que pasó aquella tarde. Lo que me resulta sorprendente es lo contento que todo el mundo se ha quedado con la explicación de los hechos.

—No le entiendo, mi comandante —replicó Alcázar.

—Es evidente, Alcázar. A todo el mundo le ha satisfecho la explicación y excepto nosotros, tres meses después y prácticamente por encargo personal, nadie ha querido indagar más allá. ¿Y no se pregunta el por qué? ¿No le da la impresión

de que nadie quiere escarbar más allá de la versión oficial porque quizá lo que encuentren no sea de su agrado? Todos han mostrado su amargura y han llorado de rabia por lo caprichoso del destino y luego, ¿qué? Aquí paz y después gloria. Me molesta particularmente ese conformismo de todo el mundo. ¿No ha pensado en la posibilidad de que lo que nos han contado no coincida con lo ocurrido, sino que más bien nos lo han hecho coincidir?

—Pero, mi comandante, con todos los respetos, usted parece querer ver algo donde realmente no hay más. Hasta ahora, el informe oficial remitido por el comandante Ricardo Sanz, la declaración de Graves y la declaración de Bonilla, todas, coinciden en los hechos que conocemos salvo nimios detalles que pueden achacarse perfectamente a que el hecho ocurrió hace casi dos meses y la memoria flaquea en ocasiones.

—¿Eso cree, Alcázar? —inquirió Fernández Durán.

—Sí, mi comandante —respondió Alcázar, extrañado por la pregunta de Fernández Durán.

—¿Cómo explica entonces lo siguiente, Alcázar? Bonilla cuenta que se acercó a Graves para decirle que le siguiera hasta la Ciudad Universitaria, pero Graves no menciona ese hecho. Solamente dice que Durruti habló con alguien, probablemente Bonilla, y luego se acercó al coche para indicarle que se dirigiera de forma inmediata a la Ciudad Universitaria. Graves refiere en su declaración de hoy que llegó a la glorieta de

Cuatro Caminos y tomó la Avenida de Pablo Iglesias «a toda velocidad», mientras que Bonilla especifica que el coche de Durruti iba detrás del suyo, despacio y parándose de tanto en tanto para comprobar el terreno. Graves cuenta que al llegar a la Ciudad Universitaria, la zona está batida por el fuego enemigo, en cambio, Bonilla indica que se toparon con un grupo de milicianos ociosos que tomaban el sol, aspecto que podría ser en parte corroborado por un comentario de Graves ya que recuerdo que señaló que hacía un día espléndido. Dígame, ¿a usted le parece lógico que un grupo de milicianos, por muy hastiados que estuviesen después de librar combate durante días, se pongan a tomar el sol en una zona batida por fuego enemigo? A veces, Alcázar, no basta con oír, también hay que escuchar. Pero, aún hay más. Según los informes oficiales del comandante Ricardo Sanz, que por otro lado debe usted tener en cuenta que no fue testigo presencial, sino que se limitó a recopilar varios testimonios durante la somera investigación oficial, Manzana fue herido en el mismo incidente en el que resultó herido de muerte el comandante Durruti; pero Graves afirma de forma explícita que nadie más fue herido esa mañana, y tanto él como Bonilla han declarado que Manzana ya llevaba esa mañana el brazo en cabestrillo. Parece pues confirmado, por dos fuentes distintas, que Manzana estaba herido antes del hecho. Es más, existe constancia de que Manzana seguía llevando el brazo en cabestrillo días después, durante el entierro de Durruti. Partiendo pues del hecho, prácticamente confirmado, de que Manzana ya estaba

herido esa mañana, no estoy yo muy seguro de que solamente entre Graves y Manzana, inutilizado este de un brazo, pudiesen introducir a un hombre de la corpulencia de Durruti dentro del coche por sí mismos a no ser que les ayudara alguien más que ese día fuese en el coche con ellos y que este hecho nos haya sido silenciado por motivos que desconozco. Pero aun pasando por alto este último hecho, teniente, Graves dijo textualmente en su declaración... Déjeme un momento sus notas, Alcázar... aquí está... «... pude oír a mi espalda cómo Durruti abría la puerta de atrás y a continuación un disparo...». Me sorprende el hecho de que mencione de forma explícita «... un disparo...» como si hubiese reparado en ese disparo de forma particular. ¿Y por qué me sorprende? Porque el reparar en un único disparo en una zona, según él, batida por fuego enemigo en la que se producen constantes detonaciones ya es de por sí un hecho digno de tener en cuenta. Da la impresión de que Graves reparó en ese disparo porque tuvo algo de especial, algo que lo diferenció de los demás, bien porque proviniera de un origen diferente al resto de disparos o...

—...o bien porque sonó muy cerca, distinguiéndose claramente del resto de los disparos que se oían por la zona — Alcázar completó la frase iniciada por Fernández Durán.

—¿Y aún cree que las versiones coinciden salvo nimios detalles, teniente Alcázar? —concluyó Fernández Durán con un brillo malicioso en la mirada.

Alcázar permaneció en silencio, sin saber qué contestar.

—¿Quién es el siguiente, teniente? —preguntó Fernández Durán.

—Nos queda el capitán Angulo, mi comandante. El doctor Santamaría creo que no ha llegado aún.

—Dígale al capitán que pase, teniente.

Alcázar salió de la habitación para regresar un par de minutos después acompañado por el capitán Angulo. Apenas hubo entrado, Angulo se cuadró delante de Fernández Durán con gesto ampuloso, tratando de dar muestra de la mayor marcialidad que le fue posible.

—Se presenta el capitán Angulo. A sus órdenes, mi comandante.

El teniente Alcázar sonrió para sí. Resultaba bastante evidente el contraste entre la reducida estatura del capitán y su energía y bravura, haciendo válido el famoso dicho popular de «pequeñito, pero matón». Según había podido averiguar, Angulo era un militar de carrera de la vieja escuela que al inicio de la guerra había sido enviado por el gobierno como asesor militar a la columna Del Rosal. Para él, el ejército lo era todo, era su vida y según sus compañeros más allegados, disfrutaba demostrándolo con sus estrictos ademanes en toda situación que le era posible, incluso en las más cotidianas, y en sus relaciones con los demás, ya fuesen dentro o fuera del ejército. Era un militar nato y como tal gustaba de comportarse.

—Descanse, capitán —le contestó Fernández Durán que comenzaba a intuir el peculiar carácter del capitán Angulo.

Angulo se retiró la gorra y la situó ceremoniosamente bajo el brazo. Acto seguido, separó las piernas y tomó posición de descanso según dictaban los cánones militares.

—También puede sentarse si lo desea, capitán —le indicó Fernández Durán afablemente.

—Gracias, mi comandante —respondió Angulo retirando la silla y tomando asiento.

—Según tengo entendido —expuso Fernández Durán—, usted mandaba una de las agrupaciones de la columna Del Rosal que intentó tomar el Hospital Clínico la madrugada del pasado día 19 de noviembre.

—Que tomó, mi comandante —replicó Angulo en un tono entre puntilloso y molesto.

—¿Perdone?

—Quiero decir, mi comandante, que no es que lo intentáramos. Tomamos el Clínico esa noche. Por desgracia, tuvimos que replegarnos después ante un nuevo contraataque de los rebeldes.

—Ya —respondió Fernández Durán tratando de disimular un esbozo de sonrisa—. Es decir, que tomaron el Clínico.

—Así es, mi comandante.

—Sin embargo, no es ese el motivo por el cual le hemos hecho venir, capitán. ¿Conoce usted los hechos sucedidos con relación al comandante Durruti en la mañana del día 19, en las proximidades del Hospital Clínico?

—Sólo de oídas, mi comandante. Yo no me encontraba allí en esos momentos.

—Pero usted tenía bajo su mando a cinco milicianos que sí estuvieron presentes y a los cuales nos ha sido imposible localizar. Tenemos constancia de que usted fue informado por ellos de los hechos ocurridos. Nos gustaría que nos hablase de lo que le comunicaron sus hombres.

—No hay gran cosa que contar, mi comandante. Esos soldados estaban tomando unos minutos de descanso...

—Según tenemos entendido, se retiraban del frente, capitán —atajó Fernández Durán.

—Los hombres bajo mi mando jamás se retiran sin que se les ordene, mi comandante —replicó enérgicamente Angulo con ojos airados, visiblemente molesto por el impertinente comentario de Fernández Durán—. Esos soldados estaban tomando un descanso.

—Está bien, continúe —repuso Fernández Durán con ánimo conciliador.

—Como le decía, mis hombres estaban tomando unos minutos de descanso cuando un coche se detuvo a su lado y de

él bajaron dos personas. Al parecer una de ellas estaba herida en un brazo y lo llevaba en cabestrillo. Se acercaron a ellos y la otra, que luego supimos que era Durruti, comenzó a recriminarles con malas maneras el hecho de que estuviesen allí sin hacer nada cuando su obligación era estar pegando tiros en el frente. Mis hombres no lo reconocieron en ese momento. Ni a él ni a su rango puesto que Durruti no gustaba de llevar distintivos que mostrasen su grado. Mis hombres le respondieron que estaban hartos de pegar tiros, que desde hacía cinco días no sabían ni lo que era dormir ni comer caliente y que los dejase en paz. Que se fuera él a pegar tiros si tanto le apetecía. Obvio decir, mi comandante, que la conversación se realizó en términos algo más soeces que prefiero omitir en esta entrevista.

—Comprendo —concedió Fernández Durán—. ¿Le dijeron sus hombres si Durruti o la persona que lo acompañaba iban armados?

—Me dijeron que la persona que iba con Durruti llevaba un fusil colgado del hombro. Durruti no portaba ningún arma a la vista.

—Ese fusil, ¿podría tratarse de un naranjero? —preguntó Fernández Durán.

—Eso no me lo dijeron, mi comandante. Si me lo hubiesen comentado, lo recordaría. Tengo una memoria excepcional.

—Continúe con su relato, capitán.

—Al parecer, mis hombres le dijeron finalmente a Durruti, le repito que sin saber que se trataba de él, que regresarían al frente en cuanto descansaran un poco y Durruti volvió a su coche. Según me contaron, nada más abrir la puerta, se inclinó para entrar en el coche y sonó un disparo. Durruti se desplomó, herido. Dos de mis hombres se acercaron corriendo al coche y ayudaron a meterlo dentro. El coche dio media vuelta y salió de allí como alma que lleva el diablo. Ni siquiera se pararon a recoger el fusil que llevaba el hombre con el brazo en cabestrillo, que quedó allí, en medio de la calle.

—Un momento —interrumpió Fernández Durán—. ¿El sargento Manzana no llevaba su fusil al hombro cuando volvieron a montar en el coche?

—¿Quién es el sargento Manzana? —preguntó Angulo.

—El hombre del brazo en cabestrillo. ¿Llevaba o no su fusil cuando subió al coche?

—Según mis hombres, lo dejó allí olvidado. Ellos mismos lo recogieron y lo entregaron en intendencia.

—¿Sabe dónde se encuentra ese fusil actualmente, capitán?

—No, mi comandante. Probablemente se lo asignarían a alguno de los milicianos. No andamos muy sobrados de armamento.

—¿Y qué ocurrió después?

—Esa misma noche mis hombres oyeron decir que Durruti había sido herido en la Ciudad Universitaria por una bala perdida. Al sospechar que podía tratarse del mismo incidente que ellos habían presenciado, vinieron a verme y me contaron lo sucedido, que es básicamente lo que yo le acabo de relatar, mi comandante.

—¿Dónde se encuentran ahora esos hombres, capitán?

—Lo desconozco, señor. A los pocos días su grupo fue trasladado y no he vuelto a saber de ellos.

—Gracias por todo, capitán. Agradezco sinceramente su amabilidad al acudir a esta entrevista. Puede retirarse.

Angulo se puso en pie y volvió a cuadrarse delante de Fernández Durán.

—A sus órdenes, mi comandante.

Fernández Durán le devolvió el saludo y Angulo salió de la sala.

—¿Qué le parece, Alcázar? —preguntó Fernández Durán volviéndose hacia este.

—Que al menos parece que hemos descubierto cómo introdujeron a Durruti en el coche —respondió Alcázar—. Esta versión parece más coherente, sobre todo si tenemos en cuenta que Manzana estaba herido en un brazo.

—Y no sólo eso, teniente. Hay otro detalle importante — comentó Fernández Durán entornando los ojos con gesto sagaz.

—¿Cuál, mi comandante?

—Si lo referido por Angulo es cierto, y no tengo motivos para creer lo contrario, Manzana no tenía consigo su naranjero cuando volvió a subir al coche para dirigirse al hospital del Hotel Ritz con Durruti herido.

—¿Y eso es significativo, mi comandante? Es posible que lo dejase allí olvidado por la urgencia de subir a Durruti al coche.

—Puede que sí... o puede que no —respondió Fernández Durán pensativo—. Vaya a ver si ha llegado ya el doctor Santamaría.

—Sí, mi comandante —replicó Alcázar saliendo de la habitación.

Fernández Durán se abstraía en sus pensamientos. A cada nuevo paso que daban, a cada entrevista o interrogatorio que realizaban, el asunto parecía plantear nuevos interrogantes en lugar de ofrecer las respuestas que esperaban. Al poco, Alcázar volvió a entrar en la sala, solo y con cara de circunstancias.

—Mi comandante, hay un problema.

—¿Qué ocurre, Alcázar?

—Me acaban de comunicar que el doctor Santamaría no podrá venir hasta mañana. Han recibido una nueva remesa de heridos en el hospital y no puede desatender sus obligaciones.

—¡Vaya por Dios! —exclamó Fernández Durán contrariado—. Está bien, Alcázar. Haga llegar un aviso al doctor Santamaría citándole para mañana por la tarde junto con el sargento Manzana. Si nada puede hacerse ya hoy, lo mejor será que nos retiremos a descansar y continuemos mañana. Sólo una cosa más. Intente averiguar si el fusil que solía llevar Manzana de forma habitual era un naranjero o era de otro tipo. Lo considero un detalle importante. Bonilla nos ha dicho que sí lo era. Si lo puede confirmar o desmentir por otras fuentes, mejor que mejor.

—A la orden, mi comandante.

—Puede retirarse. Nos vemos mañana aquí, a las diez de la mañana. Quiero realizar una inspección ocular del lugar donde ocurrieron los hechos. Que descanse, Alcázar.

—Igualmente, mi comandante.

Fernández Durán abandonó la sala de interrogatorios, ascendió por el tramo de escaleras que comunicaba los sótanos con la planta baja y, tras saludar al miliciano que hacía guardia, se asomó a las puertas del edificio. El cielo de Madrid se cubría en una noche cerrada y una fina lluvia caía con persistencia. La calle se encontraba vacía con excepción de un par de paseantes anónimos que caminaban a lo lejos, como sombras

desdibujadas en la lluvia. El comandante alzó las solapas de su guerrera y aspiró una profunda bocanada de aire húmedo que le llegó a lo más hondo. Necesitaba respirar. Toda la tarde en aquel sótano le había dejado una desagradable sensación claustrofóbica. Tras alzar la mirada al cielo, salió del edificio de la calle Fomento y echó a andar en dirección al cercano Hotel Atlántico, ubicado en la Gran Vía —avenida que los madrileños habían rebautizado jocosamente como «Avenida del Quince y medio» en referencia al calibre de los obuses con los que los rebeldes bombardeaban esa zona día sí y día también desde sus cañones emplazados en la Casa de Campo—, donde había sido alojado. Mientras caminaba hacia la plaza de Santo Domingo su mente trataba de procesar todo lo escuchado aquella tarde sin que ello le llevase a alcanzar ninguna opinión concluyente. Los hechos, en su conjunto, y la secuencia de los mismos parecían estar claros. Ni siquiera él albergaba dudas acerca de cómo se habían sucedido. Incluso coincidía con el teniente Alcázar en el hecho de que todos los testimonios parecían ratificarlos de forma aplastante. No eran los hechos. Eran los matices lo que le confundían. Los matices le hacían intuir que algo no encajaba y él estaba dispuesto a averiguar de qué se trataba.

A la altura de la plaza de Santo Domingo, ya dispuesto a enfilar hacia la plaza del Callao, Fernández Durán reparó en un hombre alto que, vestido con gabardina de color oscuro y sombrero, parecía caminar tras él a una distancia prudencial.

Recordó haberlo visto en las inmediaciones de la checa cuando él había abandonado el edificio. Su aspecto, anodino y vulgar, le habría pasado desapercibido de no ser por el detalle del sombrero. Sin resultar un detalle extraordinario, en el Madrid republicano muy poca gente gustaba de continuar usando aquella prenda considerada como un atuendo capitalista, muy alejado del gorro o boina que, según los cánones del momento, debían lucir los proletarios y milicianos. Y ahora aquel hombre parecía seguirle los pasos. En un gesto aparentemente casual, Fernández Durán se detuvo un momento. Aquel hombre le imitó, permaneciendo detrás de él a cierta distancia y confirmando así sus sospechas. Con un movimiento suave y disimulado, deslizó la mano hacia la funda de su arma para comprobar que esta se encontraba donde debía estar. Acto seguido, de improviso, el comandante dio media vuelta y se encaminó hacia aquel hombre con paso firme y decidido. El desconocido vaciló durante unos instantes ante lo inesperado del lance. Finalmente optó por alejarse en dirección contraria.

—Oiga, deténgase...

Al escuchar la voz del comandante, el desconocido arrancó a correr calle abajo, alejándose de Fernández Durán hasta que este le vio perderse por una bocacalle. El comandante sopesó la posibilidad de echar a correr tras él, pero la ventaja que le llevaba era considerable. Resultaba improbable que lograra alcanzarlo. Intrigado por lo extraño del incidente, dio media vuelta y retomó su camino en dirección al hotel.

Al llegar, empapado por la fina lluvia y con gesto cansado, se dirigió al mostrador de recepción para solicitar la llave. Aquella noche pensaba dormir de forma plácida hasta la mañana siguiente. Lo necesitaba de veras. Tras entregarle la llave y cuando ya se disponía a retirarse, el conserje reclamó su atención.

—Perdone, señor. Una cosa más. Hay un caballero que desea verle. Está esperándole en la cafetería del hotel.

—¿A mí? ¿Está usted seguro? —preguntó extrañado Fernández Durán puesto que muy poca gente conocía el hecho de que se encontrase en Madrid y él no esperaba entrevistarse con nadie esa noche.

—Sí, señor. Las instrucciones del caballero fueron muy precisas. Me dejó dicho que deseaba hablar con urgencia con el señor Fernández Durán en cuanto este llegase al hotel.

—Gracias.

Confuso, se encaminó hacia la cafetería del hotel. A pesar de lo relativamente temprano de la hora, la sala se encontraba completamente vacía y en penumbra. Al fondo, solitaria, acomodada en una mesa tenuemente iluminada por una lamparita, percibió una figura familiar. El rostro de Fernández Durán reflejó cierta perplejidad. Despacio, fue sorteando varias mesas hasta aproximarse a la ocupada por el inesperado visitante.

—Buenas noches, comandante —le saludó aquel hombre sin levantar la vista del periódico que sostenía entre las manos.

—Buenas noches, señor ministro —respondió Fernández Durán con gesto grave. Su interlocutor cerró el periódico, lo dobló con parsimonia y lo depositó sobre la mesa.

—¿Le sorprende verme, comandante?

—Así es, no voy a negarlo. Creía que se encontraba usted en Valencia, como el resto del gabinete.

—Ya ve usted que no. No estoy en Madrid de forma, digamos, oficial. Es un viaje por motivos personales. Siéntese, por favor. Aprovechando mi estancia he decidido hacerle una visita. Tan sólo deseaba conocer el rumbo que está tomando su investigación.

—De momento ninguno en particular, señor ministro —dijo Fernández Durán al tiempo que tomaba asiento—. He interrogado a algunos testigos directos e indirectos del hecho y he estado estudiando los informes que me entregaron, pero aún me faltan algunos cabos por atar. Mañana continuaré con las declaraciones.

—¿Y puedo conocer sus conclusiones iniciales acerca de la cuestión? —preguntó el ministro con vivo interés.

—Es un poco pronto para hablar de conclusiones —contestó Fernández Durán cauteloso—. Es cierto que las declaraciones dejan entrever algunas cuestiones, podríamos decir que

irregulares, tal y cómo sospechaban usted y la comisión, pero sacar conclusiones en este momento puede ser precipitado.

—Creo que no necesito recordarle, comandante —dijo el ministro endureciendo el tono, visiblemente decepcionado por la respuesta de Fernández Durán—, que su obligación como militar es obedecer las órdenes que se le asignen. Y sus actuales órdenes son claras. Debe informarnos de todo lo que descubra.

—Y yo me permito recordarle, con todos los respetos, señor ministro —replicó Fernández Durán sin amilanarse—, que estoy cumpliendo mi cometido todo lo mejor que soy capaz con los medios de los que dispongo, que por cierto, no son particularmente favorables.

—Comandante —respondió el ministro adoptando un tono más conciliador—, usted fue elegido para llevar a cabo esta tarea por ser una persona de probada confianza y por sus méritos como policía antes de la guerra. La comisión no duda de su capacidad y de que cumplirá con su obligación como se espera de usted.

—Como usted ha mencionado, señor ministro, fui policía. No. Para ser exactos, soy policía —puntualizó Fernández Durán—. El hecho de que ejerza labores militares no es más que algo puramente circunstancial. Cuestiones del destino. No desprecio al ejército pero no me considero parte integrante del mismo. Yo soy policía. Lo he sido y si Dios quiere, lo volveré a ser

cuando todo esto acabe. Y le doy mi palabra de que, como policía, cumpliré con mi cometido con toda la eficacia de la que sea capaz.

—Tenga usted por seguro, comandante, que cuando esto acabe y ganemos esta maldita contienda, probablemente antes de que termine el año, sus servicios serán plenamente recompensados reintegrándole a esas actividades que tanto parece añorar. ¿Necesita algo más para llevar a cabo su actual cometido? Lo que sea: permisos, citas, entrevistas, pases. Si necesita algo, no dude en comunicármelo.

—De momento no, señor ministro. Sólo un par de cuestiones. ¿Alguien más está al tanto de la investigación que estamos llevando a cabo? —preguntó Fernández Durán recordando el incidente de esa misma noche con el individuo del sombrero.

—No, comandante. Sólo la comisión que le encargó llevar a cabo esta tarea está al tanto de su investigación. Y por el momento, así debe ser. Recuerde que una de las condiciones de la misma fue una absoluta discreción acerca del asunto. ¿Por qué lo pregunta?

—Por nada en concreto, señor ministro. Por otro lado —continuó Fernández Durán tratando de desviar el tema de conversación—, sería interesante el poder hablar con los cinco milicianos presentes durante el incidente. Por más gestiones que ha realizado el teniente Alcázar ha sido imposible dar con ellos. Si usted pudiera...

—Haré lo que esté en mi mano para localizarlos. Por cierto, ¿qué tiene usted previsto para mañana?

—Continuar con los interrogatorios por la tarde. También tenía en mente visitar mañana por la mañana el lugar de los hechos.

—Iba a proponérselo en este mismo instante, comandante, pero ya veo que está usted en todo. Solicite un vehículo al capitán del cuartel de Fomento. No están informados acerca de la naturaleza de su misión pero han recibido órdenes explícitas de prestarle cualquier ayuda que precise. Hablando de ayuda, ¿le está siendo de utilidad el teniente Alcázar?

—Ciertamente. Es una persona bastante eficaz en su labor.

—Me alegro. Es un gran muchacho. ¿Alguna cosa más, comandante?

—No, señor —Fernández Durán hizo una pausa, como meditando lo que iba a decir y sobre todo, cómo iba a decirlo—. ¿Sabe una cosa? En todo este asunto, al margen de los hechos y su desarrollo, hay algo que me resulta sumamente desconcertante.

—¿De qué se trata, comandante?

—Me sorprende la tácita resignación que parece albergar todo el mundo desde que ocurrió el hecho. Entiendo que el caso de un hombre muerto en combate por un disparo no debería suscitar demasiadas controversias pero es un caso en

el que, desde el primer momento, resulta más que evidente la existencia de indicios que no encajan y nadie, hasta tres meses después, se ha preocupado en indagarlos. Parece no importarle a nadie. Todo el mundo está conforme, incluso más allá de lo razonable, con la versión oficial y yo no dejo de preguntarme el motivo.

—¿Y cuál cree usted que es el motivo, comandante?

—Puedo llegar a comprender la postura del gobierno. En el caso de haber habido una conspiración, ellos no deberían haberla permitido. Para ellos es mejor no saber a tener la certeza de haber cometido un error. El pueblo comenzaría a desconfiar de las personas que rigen su destino. Pero, al margen de la postura del gobierno, es más que sorprendente lo oportuno del suceso para según qué sectores. Los comunistas, respaldados e influenciados por los Soviets rusos, están enfrentados con los anarquistas porque dicen que tratan de derivar la revolución del proletariado hacia un camino equivocado. Con el incidente se han quitado de encima a un carismático líder que les estaba restando posiciones. Por otra parte, ciertos sectores de los propios anarquistas acusaban últimamente, algunos de ellos de forma muy airada por cierto, a Durruti de que se estaba bolcheviquizando y traicionando el verdadero espíritu anarquista. Con lo ocurrido, dichos sectores también se quitan un problema de encima. Y por parte de los fascistas no le digo nada acerca del interés en acabar con un líder tan carismático como Durruti. Y no quiero decir que fuese

en combate. Sabe usted tan bien como yo que aquí, en Madrid, hay mucho emboscado. Incluso entre nuestras filas. Y el haber cometido un error de ese calibre como es el hecho de permitir que un infiltrado hubiese podido llegar hasta Durruti para matarle, no es una postura cómoda para nadie de nuestro bando, ni gobierno, ni socialistas, ni anarquistas, ni comunistas. De haber ocurrido así, es otro motivo por el cual también sería preferible dejarlo correr.

—El gobierno al que represento sí está tomando medidas para llegar al fondo de esta cuestión —comentó suspicaz el ministro—. El hecho de que le hayamos encargado que lleve a cabo una investigación es una de ellas. No sé lo que pretende insinuar, comandante, pero el cariz de sus observaciones resulta bastante peligroso. ¿Qué está queriendo decir exactamente?

—Concretamente nada. Son sólo conjeturas, señor ministro. Lo que pretendo decir es que, en el supuesto de que la muerte de Durruti fuese un crimen premeditado, todo crimen se comete porque conlleva un beneficio. Y en este caso hay muchas personas que, por un motivo u otro, podrían beneficiarse de este lamentable suceso. Demasiadas. No estoy acusando a nadie y mucho menos estoy insinuando una conjura. Estoy tratando de explicarle que, de haberse cometido un asesinato, es natural que el autor o los autores fuesen los primeros interesados en silenciarlo pero que además, en este caso, gente no implicada en el crimen también podría estar

muy interesada, cada uno por distintos motivos, en no remover el asunto, en mirar para otro lado. Como si todos, bien sean culpables por acción, por omisión o incluso inocentes, supiesen con certeza que algo huele a podrido y prefirieran dejarlo estar, que no se conozcan los detalles del hecho. Y perdone la franqueza, señor ministro, pero albergo serias dudas de que la investigación que estoy llevando a cabo esté realmente auspiciada por el gobierno al que representa.

El ministro permaneció en silencio durante unos instantes, al tiempo que mostraba un esbozo de sonrisa en el rostro.

—Bueno, no le entretengo más, comandante. Debe estar usted cansado y mañana tiene trabajo que hacer. Póngase en contacto conmigo en cuanto haya concluido su investigación.

—Así lo haré, señor ministro —respondió Fernández Durán al tiempo que se levantaba de su asiento—. Buenas noches.

Fernández Durán dio media vuelta y se dirigió hacia la salida de la cafetería. Cuando se encontraba a mitad de camino oyó la voz del ministro a su espalda.

—¿Lo ve, comandante? Ya le insinué antes que creía sinceramente no habernos equivocado de persona al elegirle para des empeñar esta tarea.

A la mañana siguiente, tras una rápida ducha y un frugal desayuno, Fernández Durán salió del hotel para acudir a su cita con Alcázar. El día era gris, plomizo y si bien no llovía aún, las nubes en el horizonte, amenazaban con descargar su húmedo contenido de un momento a otro. A pesar de todo, la mañana era agradable y la temperatura apacible, con algunos retazos de sol filtrándose a través del cielo encapotado de Madrid. Aunque llevaba ya varios días en la capital, Fernández Durán no terminaba de acostumbrarse al desolador panorama que esta presentaba en aquellos tumultuosos tiempos. Recordó su primera visita a Madrid, antes de la guerra, y cómo quedó gratamente sorprendido por su belleza. Sin embargo, todo aquel esplendor había quedado convertido en miseria por culpa de las delirantes ideas de un grupo de militares rebeldes que habían conducido a España hacia uno de los más lamentables episodios de su historia.

Los habitantes de Madrid, un Madrid en el que la principal premisa actual era sobrevivir, se habían convertido en una triste sombra de lo que fueron en otros tiempos. Cansados y abatidos, luchaban día a día por cuestiones como un mendrugo de pan, un poco de leche o evitar que sus hijos se muriesen de hambre, con una entereza digna de admiración. Porque si de algo estaba convencido el pueblo de Madrid, al menos en aquel tiempo, era de la posibilidad incuestionable de la victoria sobre

el enemigo, aceptando su actual situación como algo meramente transitorio. «¡No pasarán!» era la consigna en todo Madrid. «Y si pasan, con no hablarles...» añadía ocurrentemente el ingenio popular, ese ingenio tan clásico, tan típico de los españoles y por ende, de los madrileños, acostumbrados durante siglos a reírse de sus desgracias con fatalismo resignado.

Absorto en sus pensamientos, Fernández Durán fue paseando hasta alcanzar la cercana calle de Fomento. En torno a las diez menos cuarto llegó a su destino coincidiendo en la puerta con el teniente Alcázar que se incorporaba a sus obligaciones en ese momento. El rostro del teniente lucía grandes ojeras y cara de haber dormido poco.

—¿No ha descansado bien, teniente? —preguntó Fernández Durán.

—¡Oh! sí, mi comandante. Sólo que me acosté un poco tarde. Estuve... —Alcázar hizo una pausa—... realizando averiguaciones por Madrid.

Fernández Durán y Alcázar accedieron a la sala de interrogatorios que habían empleado el día anterior y que también usaban como despacho improvisado. El comandante tomó asiento, abrió la cartera que contenía la documentación sobre el caso y las notas tomadas por Alcázar la tarde anterior y diseminó los papeles sobre la mesa.

—¿Realizando averiguaciones de madrugada? Ese celo suyo por el cumplimiento del deber le va a dar algún disgusto, teniente. Hay que tomarse las cosas con más calma —repuso el comandante con intencionado tono malicioso, entre cínico y divertido.

—Bueno, mi comandante —replicó Alcázar algo azorado—, estuve confraternizando y tomando algunos vinos con milicianos de la columna Durruti. Sólo por motivos obviamente profesionales, mi comandante —añadió tratando de imprimir una digna compostura a sus palabras.

—Obviamente —apostillo Fernández Durán sonriendo—. ¿Y averiguó algo interesante, teniente?

—Sí, mi comandante. Varios testimonios me confirmaron que el fusil que solía portar el sargento Manzana es de los que llaman naranjero, señor.

—Interesante, teniente. Muy interesante. Continúe.

—También estuve gran parte de la noche intentando localizar a alguien que conociese a los cinco milicianos, pero nadie supo decirme nada. Parece habérselos tragado la tierra, mi comandante.

—Esperemos que no, teniente. Dé orden para que preparen un coche. Salimos dentro de diez minutos. Tráigame un café, por favor. Y le convendría a usted tomarse otro.

—Sí, señor.

Alcázar salió de la sala. Fernández Durán se dispuso a repasar las notas escritas por el teniente Alcázar. Estuvo releendo las declaraciones tomadas la tarde anterior a Graves, Bonilla y al capitán Angulo. Minutos más tarde, Alcázar volvió a entrar en la sala con una humeante taza de café en la mano.

—Mi comandante, traigo su café. El coche estará preparado en un instante.

—Gracias, Alcázar.

—Mi comandante, ¿puedo preguntarle a dónde vamos exactamente?

—Buena pregunta, Alcázar. Muy buena pregunta. Según los testimonios recogidos en informes anteriores más las declaraciones tomadas ayer, hay tres posibles lugares donde pudieron ocurrir los hechos. Por no tener, no tenemos siquiera claro ese punto. Unas versiones indican que el lugar fue en la Plaza de la Moncloa, al lado mismo de la Cárcel Modelo. Otras que en plena Ciudad Universitaria, justo frente a la facultad de Odontología. Sin embargo, como pudo usted comprobar por los testimonios de ayer, también hay quien dice que todo ocurrió en la zona que se encuentra al final de la Avenida de Pablo Iglesias. Como ya le dije anteriormente, muchos son los que se han apuntado al carro, contando su propia versión y esta circunstancia no hace sino entorpecer más aún nuestra labor. Yo me inclino a tomar más en serio la última de las opciones,

pero, intentaremos visitar todos los lugares mencionados, si los rebeldes no están hoy de muy mal humor y nos dejan.

Alcázar sonrió ante la ocurrencia de su comandante. En ese instante se abrió la puerta de la sala y entró en ella un capitán de la agrupación que estaba al cargo de la checa de Fomento.

—Mi comandante, su coche y el de la escolta están listos. Cuando usted guste podemos salir.

—¿Escolta? ¿Qué escolta? —preguntó extrañado Fernández Durán—. Yo no he pedido ninguna escolta. Alcázar, ¿sabe usted algo de esto?

—No, mi comandante. Yo tampoco la he solicitado.

—Mi comandante —repuso el capitán—, me he tomado la libertad de asignarle una escolta. Si tiene usted intención de dirigirse a la Ciudad Universitaria, esa zona es primera línea del frente. Hacerlo sin escolta puede ser arriesgado.

—Pero, ¡hombre de Dios! ¿Cómo se le ocurre? —le reprendió Fernández Durán—. Sólo falta que anuncie usted nuestra presencia con una orquesta. Iremos solos el teniente y yo en un único coche. No será necesario ni siquiera un chófer. El teniente conducirá.

—Pero, mi comandante —respondió apurado el capitán—, permítame decirle que eso es una temeridad. Por su seguridad, le aconsejo que lleve usted escolta.

—Le agradezco sus desvelos, capitán, pero le repito que no sólo es innecesario sino también contraproducente puesto que queremos pasar lo más desapercibidos posible. Si ya está listo nuestro coche, saldremos inmediatamente.

Fernández Durán y Alcázar salieron de la estancia en dirección a la calle seguidos por el capitán. En la puerta había aparcado un viejo Renault de color negro, con toda seguridad requisado como la mayor parte de la flota de automóviles de la milicia de Madrid, y tras de él otro vehículo de características similares con cuatro hombres armados en su interior. Nada más salir, el capitán hizo un gesto con la mano a los ocupantes del vehículo de atrás indicándoles que no era necesaria su presencia. Alcázar se dirigió al puesto del conductor y Fernández Durán rodeó el coche para sentarse en el asiento del acompañante. Alcázar inició la marcha.

—Mi comandante —dijo Alcázar nada más arrancar en dirección a la Plaza de España—, no es por nada, pero quizá hubiese sido oportuno que alguno de los milicianos nos acompañara aunque hubiese sido en nuestro coche.

Fernández Durán miraba al frente, absorto.

—Dígame, Alcázar —le dijo sin volver la vista—. Cuando solicitó el coche, ¿dijo usted a dónde teníamos intención de dirigirnos?

—No, mi comandante.

—¿Y cómo supo el capitán hacia qué lugar íbamos?

Alcázar dudó antes de responder.

—No lo sé, señor.

—Por lo que parece, Alcázar —continuó Fernández Durán—, hay gente que sigue y conoce nuestros pasos con verdadero interés. Y teniendo en cuenta la reserva con que nos pidieron que realizáramos nuestro cometido, me sorprende que aparte de la comisión, alguien más conozca el rumbo que toman nuestras investigaciones. Además, sospecho que ayer a la salida de los interrogatorios, alguien trató de seguirme hasta el hotel, desconozco con qué intenciones.

—¿Pudo reconocerlo, mi comandante?

—No. Salió huyendo antes de que pudiese llegar hasta él. Le recomiendo que extreme las precauciones a partir de ahora, teniente.

—Mi comandante, si hemos de ser cautos, ¿por qué no negó ante el capitán que nos dirigíamos a la Ciudad Universitaria?

—Porque es absurdo negar lo que el otro sabe a ciencia cierta y el capitán parecía saberlo. ¿A través de quién? No lo sé. Pero de haberlo negado lo único que habríamos conseguido es causar mayor recelo.

—¿A dónde vamos primero, mi comandante?

—Diríjase en primer lugar hacia la Plaza de la Moncloa. Es el punto más cercano desde aquí.

Alcázar obedeció las indicaciones de Fernández Durán. Rebasaron la plaza de España y giraron hacia la izquierda. Llegaron hasta el desolado Cuartel de la Montaña, testigo mudo de toda la vorágine que en aquellos tiempos engullía a Madrid con inusitada ansia. Continuaron por Ferraz y al final de la calle giraron a la derecha por el Paseo de Moret. Según iban acercándose a primera línea, el panorama resultaba a cada momento más desolador. Casi la totalidad de los inmuebles de la zona se encontraban en ruinas, afectados por los impactos de artillería del cercano frente de la Ciudad Universitaria. De cuando en cuando encontraban algún edificio prácticamente intacto, como desafiando estoicamente a la suerte, pero la mayor parte de las casas, las que no se habían convertido en un montón de escombros humeante, aparecían sesgadas, abiertas, partidas en dos, recordando con su aspecto el de unas gigantescas casas de muñecas que mostraban al exterior sus entrañas. Fernández Durán especuló sobre la gran cantidad de eventos, unos felices, otros quizá no tanto, que se habían dado lugar en aquellas casas hacía no demasiado tiempo. La gente había vivido, sufrido, amado, reído y llorado dentro de ellas, ajenas por completo al final que les había deparado el destino. Y ahora, toda esa amalgama de sentimientos se había reducido a la mínima expresión, de la misma manera que lo había hecho

el lugar que los había albergado. «Maldita guerra», pensó. Maldita mil veces por todo aquello que había robado.

Al llegar a la altura de la Cárcel Modelo, Alcázar detuvo el vehículo, librando a Fernández Durán de sus sombríos pensamientos. Salvo algún disparo ocasional que se presumía lejano, la zona aparentaba tranquilidad. En la distancia parecía divisarse un grupo de milicianos que cambiaban de posición.

—Según una de las declaraciones, ahí fue donde ocurrió —dijo Alcázar señalando hacia el centro de la plaza—. La misma declaración, firmada por un tal Ramón López, comenta que el recorrido seguido por el vehículo de Durruti fue el mismo que acabamos de hacer nosotros.

Fernández Durán estudiaba el lugar con detenimiento.

—No lo creo, Alcázar. Partiendo de las declaraciones de Graves y Bonilla que, en principio, me parecen más fiables por ser testigos presenciales comprobados, el recorrido seguido no tiene mucha lógica si se viene desde el cuartel general de la calle Miguel Ángel. Y tanto Graves como Bonilla dicen recordar una zona de casas bajas y chalés que por aquí no parece haber. Por otro lado, teniente, tenga en cuenta que Durruti era valeroso pero no estúpido. Dudo mucho que hubiese detenido su vehículo en una zona tan descubierta, estando tan cerca del frente como estaba. Y mucho menos que los milicianos a los que reprendió hubiesen decidido tomar un descanso aquí. No, Alcázar. El hecho no ocurrió aquí. Vamos al lugar indicado por

Bonilla y Graves. Dé un rodeo sin pasar por delante del Hospital Clínico. No quiero tentar a la suerte.

Alcázar arrancó el coche y giró a la derecha, tomando la calle de la Princesa. Unos metros más adelante giraron a la izquierda para dirigirse hacia la calle Santa Engracia. Llegados a este punto, tomaron dirección a la glorieta de Cuatro Caminos para enlazar con la Avenida de Pablo Iglesias. Continuaron hasta llegar a la zona de hotelitos descrita por Graves y Bonilla en sus declaraciones. Tras tomar la Avenida del Valle y al llegar al final, Alcázar detuvo el vehículo.

—Esta es la esquina que Graves y Bonilla sugieren en sus declaraciones como lugar de los hechos. Aquel edificio de allí —indicó Fernández Durán señalando a lo lejos— es el Hospital Clínico. ¿Qué distancia le calcula, teniente?

—Unos seiscientos metros en línea recta, mi comandante —respondió Alcázar.

—Eso mismo estimo yo, teniente. Es distancia más que sobrada para que un tirador avezado acierte un blanco. Bajemos del coche, Alcázar.

—Eso puede ser peligroso, mi comandante —comentó Alcázar con tono aprensivo—. Estamos en primera línea.

—¿Oye usted algún disparo, teniente? La zona parece tranquila —afirmó Fernández Durán con aplomo—. Aunque si desea quedarse en el coche, puede hacerlo.

Fernández Durán descendió del coche seguido, sin demasiado entusiasmo, por el teniente. De una de las calles cercanas surgió un grupo de milicianos. Al verlos, el grupo saludó alzando el puño a la altura de la cabeza. Fernández Durán y Alcázar les devolvieron el saludo. Los milicianos continuaron su camino hacia un sendero de tierra que conducía, campo a través, en dirección a la Ciudad Universitaria.

—¿Sabe a dónde lleva esa vereda, Alcázar? —preguntó Fernández Durán.

—Creo que va directa hacia las facultades, mi comandante. Debe de finalizar aproximadamente en la zona de la facultad de Medicina.

—Y justo al lado de la facultad de Medicina está la facultad de Odontología, ¿no?

—Así es, mi comandante.

—Vamos a internarnos por ella. Vaya con cien ojos, Alcázar. Esto es el frente.

Fernández Durán y Alcázar echaron a andar por el mismo camino que habían tomado los milicianos. A lo lejos se escuchaba el retumbar de las baterías de artillería y algunos disparos aislados de fusil. La senda era un barrizal. Al hecho de ser un mero camino de tierra lleno de desniveles y baches se habían unido los estragos producidos por las recientes lluvias del invierno y las pozas causadas por impactos de artillería,

haciéndolo impracticable, al menos para vehículos. A mitad de trayecto, Fernández Durán decidió no seguir más allá.

—Volvámonos, teniente. Dudo mucho que Durruti, en caso de llegar a la facultad de Odontología como se indica en el informe oficial, lo hiciera por esta vía en un vehículo. No creo que el noviembre pasado estuviese en mejor estado que el que muestra ahora. Me temo que podemos descartar la versión de la facultad.

Acababan de iniciar el camino de vuelta cuando tres silbidos, suaves, rápidos, de muy corta duración, resonaron cerca de sus cabezas.

—¡Maldita sea, Alcázar! —gritó Fernández Durán mientras echaba a correr en busca de refugio—. ¡Nos disparan! ¡A cubierto! ¡A cubierto!.

Ambos corrieron de vuelta hacia el lugar en el que habían estacionado el coche. En su huida se toparon con una poza de unos dos metros de diámetro y uno de profundidad que había en mitad del camino, provocada casi con seguridad por algún proyectil de artillería. Los dos oficiales se lanzaron de cabeza a ella sin dudarlo. El semblante de Alcázar estaba lívido como el mármol. Una sensación reseca, árida, se adueñó de la boca de Fernández Durán. La misma sensación que había oído comentar que sentían los soldados que entraban en combate por primera vez. Quiso tragar saliva, pero no pudo. Simplemente no tenía.

Asomó ligeramente la cabeza por el borde del agujero tratando de ubicar el origen de los disparos.

—¿Ha visto desde dónde nos han disparado, Alcázar? —preguntó Fernández Durán en un susurro.

Alcázar titubeó, mirando hacia todos lados.

—No, mi comandante —contestó Alcázar agitado y resoplando—. Creo que ha sido desde la parte alta, desde el hospital, pero no estoy seguro del todo.

La zona estaba en absoluto silencio. No se veía a nadie, ni siquiera a los milicianos a los que habían seguido a través del sendero. Transcurridos unos minutos que les parecieron horas y tras estudiar atentamente los alrededores echando vistazos rápidos por encima del borde de la poza, Fernández Durán tomó una determinación.

—Debemos volver al coche, teniente. Saldremos muy despacio de este agujero e iremos arrastrándonos por el suelo. Aprovechando el desnivel de la cuneta, continuaremos hasta llegar al coche. Yo iré delante. Péguese a mí lo máximo posible, ¿entendido?

—Sí, mi comandante.

Muy lentamente, los dos hombres salieron de la poza y reptaron hacia el borde del camino. El tiempo parecía haberse detenido y el trayecto se les hizo eterno. Con cada movimiento realizaban una pequeña pausa, tensando los músculos y

prestando suma atención, a la espera de una bala fatal que por suerte no acabó llegando. Con extrema precaución, manteniendo la cabeza bien pegada al suelo, alcanzaron la cuneta. A lo largo de esta continuaron arrastrándose muy despacio hasta alcanzar finalmente el inicio de la vereda, cerca del lugar donde habían estacionado el vehículo. Sin dudarlo y de forma simultánea, ambos se pusieron en pie y echaron a correr hacia el coche. A mitad de trayecto, dos nuevas balas impactaron en el suelo, cerca de sus pies, levantando diminutas columnas de barro. Como una exhalación se introdujeron en el coche. Alcázar lo puso en marcha y abandonaron el lugar a toda velocidad.

—Esas balas han pasado cerca, ¿verdad, Alcázar? —indicó Fernández Durán al tiempo que emitía un suspiro de alivio tras comprobar cómo el coche se alejaba.

—Muy cerca, mi comandante. Muy cerca —respondió Alcázar que todavía respiraba agitadamente. Su corazón aún latía con furia, martilleándole las sienes como si fuesen el yunque de un herrero.

—Y encima estamos hechos una calamidad —añadió Fernández Durán contemplando sus ropas llenas de barro.

—Mi comandante, este incidente parece conceder mayor peso a la teoría de la bala enemiga. Ya ha visto lo cerca que hemos andado. El lugar donde nos encontrábamos estaba perfectamente a tiro desde el Hospital Clínico.

—Es una posibilidad, Alcázar —observó Fernández Durán—. Pero aun siendo probable, lo que hemos podido comprobar de forma fehaciente, hay otros hechos que me siguen desconcertando todavía lo suficiente como para dar por válida esa teoría. ¿A qué hora tenemos esta tarde la siguiente ronda de interrogatorios?

—El doctor Santamaría dijo que estaría allí sobre las cinco de la tarde. El sargento Manzana comunicó que vendría por la tarde, pero no indicó hora.

—Hágame un favor, teniente. De regreso, déjeme en la puerta de mi hotel. Necesito asearme, cambiarme de ropa y de paso, comer algo. Y haga usted lo propio. Nos veremos de nuevo esta tarde en la calle Fomento.

Durante el resto del trayecto, Fernández Durán trató de restar importancia al incidente ocurrido para no inquietar al teniente Alcázar, pero en su interior estaba convencido de que acababan de correr un serio peligro. Como acababa de señalar el teniente, era cierto que no podían descartar del todo la teoría de la bala disparada desde las terrazas del Hospital Clínico. Al menos no podían abandonarla aduciendo la imposibilidad de llevarse a cabo. Acababan de comprobar en carne propia lo plausible de tal conjetura. Pero no resultaba menos cierto que, de aceptar por buena tal premisa, quedarían fuera de lugar otra serie de detalles y hechos que, al menos hasta ser confirmados o desmentidos de forma categórica, no podía obviar. Como el presunto disparo a bocajarro. Fernández

Durán apuntó mentalmente la necesidad de incidir particularmente sobre ese asunto en su futura entrevista con el doctor Santamaría.

Quince minutos más tarde Alcázar detuvo el coche a las puertas del Hotel Atlántico. Fernández Durán descendió del vehículo, se despidió de su asistente y se encaminó hacia la entrada con paso lento y cansado. A la vista de lo lastimoso de su aspecto, con el uniforme cubierto de barro, el portero le contempló con un gesto de estupor. Solicitó la llave al recepcionista y se dirigió a su habitación. Una vez en el interior, al girarse para cerrar la puerta, sintió la presión de un objeto metálico en la nuca al tiempo que a sus oídos llegaba un sonido que él conocía a la perfección, un sonido capaz de helar la sangre en las venas.

El característico clic metálico producido al montar el martillo de un arma.

Fernández Durán no movió un solo músculo. Desde el fondo de la habitación surgió una voz desconocida.

—Por favor, Aranda. ¡Qué descortesía por nuestra parte! No debemos tratar así al comandante. Quítale la pistola de la cabeza, hombre —en el tono de aquellas palabras afluía un evidente asomo de sarcasmo.

Fernández Durán sintió cómo la presión de aquel objeto metálico sobre su nuca se relajaba. Comenzó a volverse muy despacio hasta quedar frente a un individuo vestido de

gabardina y sombrero que, a pesar de haber retirado el arma de su cabeza, no cesaba de apuntarle. De inmediato lo reconoció como la persona que había tratado de seguirlo la noche anterior.

—Pase, pase —continuó diciendo la voz al fondo de la habitación—. No se quede en la puerta, comandante.

El llamado Aranda se apartó a un lado para franquear el paso a Fernández Durán. Este, empleando el mayor aplomo del que fue capaz, atravesó el pasillo y se encaminó hacia el interior de la estancia. Allí, arrellanado en una de las butacas, se encontraba el dueño de la voz que había oído desde la puerta. Su rostro no le resultó familiar. Era corpulento, de mediana edad. Vestía un atuendo de aspecto elegante y refinado que portaba con total naturalidad y lucía un fino bigote que le concedía un cierto aspecto distinguido. Al entrar Fernández Durán, aquel hombre se levantó de su asiento y se acercó hasta él.

—Me alegra conocerle al fin, comandante. He oído hablar mucho y muy bien de usted —dijo el desconocido ofreciéndole su mano extendida. Sus ademanes eran tranquilos, sosegados, como sabiéndose dueño de la situación.

—Lamento no poder decir lo mismo de usted, señor... —replicó Fernández Durán rehusando estrechar la mano que le ofrecía y dejando en el aire la última palabra con ánimo de que aquel individuo se presentase.

—Pérez. Dejémoslo en Pérez —contestó el aludido.

—¿Cómo han conseguido entrar en mi habitación?

—En estos tiempos de escasez, una buena propina abre muchas puertas, comandante —contestó burlonamente la persona presentada a sí misma como Pérez.

—Y bien, señor Pérez. ¿Puedo saber a qué debo el honor? —preguntó Fernández Durán tratando de mostrar la mayor serenidad posible a pesar de la inquietante presencia del tal Aranda y del arma que aún sostenía entre las manos.

—Es una mera visita de cortesía, comandante. He sabido de su estancia en Madrid y he decidido pasar a saludarle.

—Pues de cortés tiene más bien poco, señor Pérez. Creo que entre las normas más elementales de cortesía no se encuentra la de apuntar a nadie a la cabeza con una pistola.

—Disculpe usted la rudeza de Aranda, comandante. Es un poco tosco, pero es un hombre cumplidor y leal como pocos —Pérez hizo una pausa intencionada para enfatizar sus próximas palabras—. ¿Y usted, comandante? ¿Es un hombre leal?

—Me precio de serlo —contestó Fernández Durán—, al menos para con aquellos que se han ganado mi lealtad. La lealtad no se compra, como parece ser el caso de su hombre. Al igual que el respeto, la lealtad se gana. En cualquier caso, Pérez, no creo que esté usted aquí para discutir acerca de valores morales, ¿no es así?

Pérez se mantuvo en silencio durante unos momentos. Estudiaba a Fernández Durán con verdadera atención, como si de un extraño espécimen se tratase, tratando de averiguar cuál sería la mejor forma de enfocar el tema que parecía haberle llevado hasta allí. Finalmente sonrió con afabilidad forzada, dirigiéndose de nuevo al comandante.

—Así es, comandante. Vayamos al grano. ¿Qué tal sus investigaciones por Madrid?

—No sé a qué se refiere —contestó Fernández Durán con gesto inmutable.

—Vamos, vamos, comandante. No pretenderá tomarme por un estúpido. ¿Cree de verdad que soy estúpido?

—No dispongo aún de elementos de juicio suficientes para valorar tal circunstancia, pero le insisto en que no sé de qué me está hablando.

—Comandante José María Fernández Durán —comenzó a recitar Pérez, como si de un niño de colegio aplicado, con la lección bien aprendida, se tratara—. Nacido en Barcelona. Huérfano desde los tres años. Soltero. Sin familia conocida. Ingresó en el cuerpo de vigilancia de la Policía Gubernativa en agosto de 1922 donde, con el tiempo, llega a alcanzar el grado de inspector de primera clase. A lo largo de su carrera dentro de este cuerpo recibe dos condecoraciones y una mención explícita por sus servicios prestados. Principal artífice de la resolución de varios crímenes de cierta dificultad y relevancia,

entre ellos el célebre «crimen del campanero». Inesperadamente y sin que se conozcan los motivos, solicita en 1930 su traslado al cuerpo de seguridad de la Policía Gubernativa donde alcanza el grado de comandante. En agosto de 1936 su unidad es militarizada y destinada a realizar tareas de vigilancia y escolta para diversas personalidades y entidades, ¿me he dejado algo, comandante?

Fernández Durán buscó los ojos de aquel individuo y encontró en ellos un brillo perverso. Su afabilidad inicial y sus buenas maneras habían dado paso a un tono y unos ademanes extravagantes, desequilibrados que, aparte de desagradarle, le inquietaban. Pérez sostuvo la inquisitiva mirada del comandante sin pestañear. Era posible que aquel hombre no estuviese del todo en su sano juicio pero no daba la impresión de ser estúpido. Fernández Durán percibió en aquellos ojos ese punto de locura lúcida que suele encontrarse en la mirada de muchos de los canallas de la peor especie. Y, además, aquel desconocido parecía saber mucho acerca de su periplo vital. Demasiado como para no darse cuenta de que, si conocía al dedillo su vida y milagros, conocería también con absoluta certeza, la misión que lo había llevado hasta Madrid. Fernández Durán concluyó que no debía jugar a la ligera con aquel peculiar individuo. Y mucho menos si le acompañaba alguien armado y que, al parecer, seguía las órdenes del tal Pérez con fervoroso entusiasmo. Decidió que la mejor forma de afrontar aquella situación era sin rodeos, cogiendo directamente al toro

por los cuernos. Y en su fuero interno rezó para que esa fuese la forma correcta.

—¿Quién es usted, Pérez? ¿Qué quiere exactamente?

—Parece que empezamos a entendernos, comandante. Digamos que represento los intereses de ciertas personas. Personas importantes. Personas que admiran fervientemente la memoria de Durruti y a las que les parece un sacrilegio... ¿He dicho sacrilegio? ¡Qué tontería! —dijo Pérez echándose a reír histriónicamente—. Si somos republicanos... Dios no existe... Como le decía, a esas personas les parece indigno pensar que alguien pueda llegar a la errónea conclusión de que Durruti murió de manera diferente a la que lo hizo, a la explicada de forma oficial, y ensuciar así su memoria. Por razones que no vienen al caso, hemos sabido de la investigación que le ha sido encomendada y aunque usted no lo crea, estamos aquí para ayudarle en su cometido.

—Dígale a las personas a las que dice representar que agradezco sus desvelos —repuso Fernández Durán con estudiada ironía—. ¿Y puedo saber cómo piensan ustedes ayudarme, Pérez?

—Muy sencillo. Adelantándole el penoso trabajo que le ha tocado realizar. Le voy a decir lo que usted deberá incluir en su informe final, el informe que usted entregará a las personas que le han encomendado esta tarea. Desconozco cuáles han sido hasta ahora sus conclusiones, comandante, pero le

informo de que a Durruti lo mató una bala fascista. Eso es lo que ocurrió, eso es lo único que debe usted saber y eso es lo que constará en su informe.

—¿Y si mis conclusiones no coincidieran con las que usted ha expuesto?

—Ya le he indicado antes que, en ese caso, sus conclusiones serían erróneas. Y, por su propio bien, espero que estas coincidan con lo que acabo de exponerle. En caso contrario, sería una verdadera lástima, comandante. No tendría nada de particular el hecho de que cualquier soldado, un comandante por ejemplo, reciba un disparo y muera en heroico acto de servicio. Ya sabe. La guerra es así de caprichosa y frecuentemente ocurren desgracias.

—¿Me está usted amenazando, Pérez? —preguntó Fernández Durán.

Pérez sostuvo la mirada del comandante. Su rostro se contrajo en una mueca cínica.

—Yo nunca amenazo, comandante. Comprenda. No es una actitud propia de un gentleman. Sólo me gusta advertir a los demás, cuando está en mi mano, de las consecuencias que pueden tener sus actos. Creo que podemos dar por concluida nuestra visita, comandante. Si me disculpa, hay otras cuestiones que requieren mi atención. Buenas tardes.

Pérez cogió su sombrero de encima de la cómoda y tras dirigir un gesto a Aranda, que había permanecido en silencio durante toda la entrevista, salieron de la habitación dejando allí a un confuso Fernández Durán. Aquello confirmaba sus sospechas. Alguien más sabía de la misión que le habían encomendado. Alguien que, al parecer, estaba muy interesado en mantener la versión oficial, empleando para ello los métodos más expeditivos, de eso no cabía duda alguna. En ese momento reparó de nuevo en su aspecto, sucio y embarrado, y decidió tomarse esa ducha que tanta falta le estaba haciendo.

Tras un breve refrigerio en la cafetería del hotel, Fernández Durán salió en torno a las cuatro y media de la tarde en dirección a la checa de Fomento. No cesaba de darle vueltas a la peculiar entrevista que había tenido lugar en su habitación un par de horas antes. Según su conversación con el ministro la noche anterior, no existía constancia de su presencia en Madrid ni de la misión que le había sido encomendada sin embargo, parecía haber demasiadas personas al tanto de tal circunstancia. Aquello complicaba las cosas.

A las cinco menos diez el comandante llegaba al despacho de la calle Fomento. Dentro se encontraba ya el teniente Alcázar.

Fernández Durán decidió no contarle nada acerca del incidente del hotel, al menos por el momento.

—Buenas tardes, Alcázar —saludó Fernández Durán al tiempo que tomaba asiento.

—Buenas tardes, mi comandante. El doctor Santamaría ha llegado hace cinco minutos. Está esperando en la sala contigua.

—Hágale pasar, teniente.

Alcázar abandonó la sala para regresar al momento acompañado por un hombre. El teniente se apartó de la puerta para cederle el paso y este accedió a la estancia. Rondaría los treinta años y a pesar de presentar un aspecto fatigado y ligeramente desaseado, su porte era elegante y sus ademanes, refinados. Fernández Durán se incorporó para acercarse a estrechar la mano del doctor.

—Buenas tardes. Soy el comandante Fernández Durán —dijo saludándolo de forma cordial—. Usted debe de ser el doctor Santamaría. Siento mucho que hayamos tenido que alejarle de sus obligaciones. ¿Desea usted un café?

—Sí, por favor —respondió Santamaría—. Disculpe usted mi aspecto, pero es que hemos tenido trabajo extra en el hospital durante toda la noche y gran parte de la mañana. Apenas he dormido un par de horas.

—Procuraremos no retenerle demasiado. Siéntese, por favor. Alcázar, traiga un café para el doctor.

—Sí, mi comandante —replicó Alcázar.

—¿A qué se debe esta entrevista, comandante? —preguntó Santamaría al tiempo que Alcázar abandonaba la sala.

—Verá, estamos redactando un informe acerca de las circunstancias que rodearon la muerte de Buenaventura Durruti, acaecida como usted sabe el pasado 20 de noviembre. Nuestros datos nos indican que fue usted el médico que le atendió cuando ingresó en el hospital, ¿me equivoco?

—Sólo en parte. Yo formaba parte del equipo médico junto con los doctores Moya Prats y Martínez Fraile.

—Pero usted era oficialmente el Jefe de Sanidad de la columna, ¿no?

—Así es.

—Y usted se ocupó personalmente de atender al herido, ¿verdad?

—Digamos que yo fui el médico que más tiempo pasó con él.

Alcázar entró de nuevo en la sala.

—Gracias —dijo Santamaría al tiempo que tomaba la taza que le ofrecía el teniente—. En cualquier caso, comandante, ya expliqué en su debido momento todo lo que tenía que explicar. Sigo sin comprender el motivo de esta entrevista.

—No hay ningún motivo especial, doctor Santamaría —contestó Fernández Durán—. Simplemente me gustaría escuchar de primera mano lo que ocurrió en el hospital una vez que Durruti fue llevado a él. ¿Puede referirme los hechos tal y como los recuerde, por favor?

Santamaría tomó un breve sorbo de la humeante taza que sostenía entre las manos y la depositó sobre la mesa.

—Yo me encontraba de guardia en el Hospital de las Milicias Confederadas que, como usted sabrá, se encuentra instalado en el Hotel Ritz. Alrededor de las dos de la tarde llegó a toda velocidad un vehículo al hospital. En él viajaban tres personas, una de ellas con una herida de bala en el pecho. Inmediatamente identifiqué a Durruti como la persona herida. También reconocí a su chófer, Julio Graves, y al sargento José Manzana como las otras dos que lo acompañaban. En ese momento, el doctor Moya y yo nos hicimos cargo de Durruti. Procedimos a limpiar y examinar la herida. Después, le trasladamos a una habitación de la primera planta, no recuerdo el número...

—Disculpe, doctor. Esos datos ya los conocemos —le interrumpió Fernández Durán de la manera más cortés posible—. Figuran en el informe. Preferiría que me contase aspectos diferentes a los que constan en los escritos oficiales. Detalles, impresiones... Cualquier cosa, por ínfima que a usted le parezca, podría tener valor para nosotros. ¿Recuerda algo en particular de las personas que acompañaron a Durruti al hospital?

—¿Cómo por ejemplo? —preguntó Santamaría.

—Si dijeron algo en su presencia, si le explicaron a usted lo que había sucedido o si hablaron con alguien más durante su

estancia en el hospital. Si el herido le habló de algo en concreto o si usted vio algo en el herido que le hiciese sospechar algún tipo de situación anómala.

El doctor Santamaría dirigió una mirada recelosa a Fernández Durán.

—Comandante, mi labor no consiste en juzgar hechos ni evaluar suspicacias. Mi labor consiste en salvar vidas. Y en ello me concentro cuando estoy desempeñando mi trabajo.

—Lo sé, doctor —replicó Fernández Durán en tono conciliador—. Y le felicito por ello, pero nos sería de gran utilidad que nos dijese cualquier detalle que recuerde, por nimio que pueda parecerle.

—Está bien. Recuerdo —continuó Santamaría a regañadientes, visiblemente incómodo— que tanto Manzana como Graves parecían bastante nerviosos, algo perfectamente natural dadas las circunstancias y que cuchicheaban entre ellos, cambiándose frases bastante airadas en algunas ocasiones. Poco después de dejar al herido a nuestro cuidado salieron del hospital y no volví a verles hasta la noche, momento en el que regresaron por allí. Respecto a Durruti, en cuanto le subimos a la habitación nos planteamos la posibilidad de operarle, no tanto para extraerle la bala, puesto que esta no se encontraba alojada dentro ya que el herido presentaba orificio de salida por la espalda, sino más bien para atajar las hemorragias internas que padecía. Estando en duda, ya que la intervención

sugerida planteaba excesivos riesgos, decidimos asesorarnos por el doctor Bastos Ansart, doctor de reconocido prestigio y experiencia quirúrgica, que se encontraba prestando sus servicios en el cercano Hospital de la CNT, ubicado en el Hotel Palace. Unos milicianos fueron a buscarle urgentemente y le trajeron al cabo de unos quince minutos. El doctor Bastos examinó la herida y diagnosticó que no había ninguna solución posible. La herida era mortal de necesidad ya que esta atravesaba horizontalmente la parte alta del abdomen, lesionando importantes vísceras e interesando incluso el pericardio, haciendo la operación impracticable.

—Perdone, doctor. ¿Dice usted que la herida era horizontal?
—preguntó Fernández Durán.

—Sí —contestó Santamaría—. Tanto por su punto de entrada, bajo la tetilla izquierda, como por su punto de salida, en el centro de la espalda, podríamos decir que su trayectoria era prácticamente horizontal.

—Durante el tiempo que permaneció a su cuidado, ¿el herido estuvo consciente? ¿Habló con usted o con alguien más?

El doctor Santamaría titubeó durante unos segundos.

—El herido permaneció en un estado de semiinconsciencia casi constante. Como mucho dijo dos o tres frases sin demasiado sentido. Además, para mitigar los dolores que sufría, le inyectábamos soluciones de morfina que prácticamente anulaban su voluntad.

El comandante Fernández Durán pareció reconocer en la breve pausa de Santamaría y en su posterior respuesta un asomo de duda, de vacilación. Decidió continuar sondeando al doctor.

—Posteriormente al diagnóstico del doctor Bastos Ansart —prosiguió Fernández Durán—, ustedes decidieron esperar lo que parecía inevitable y el herido quedó a solas con usted, a su exclusivo cuidado. ¿Recuerda que en esos momentos le dijese algo?

—Ya le he dicho que no, comandante —replicó Santamaría con voz enérgica, más nervioso que molesto—. Si así hubiese sido, no tengo ningún motivo para ocultárselo.

—Disculpe doctor, no pretendía ser reiterativo —se excusó el comandante empleando un tono condescendiente—. Permítame otra pregunta. A pesar de que las armas no son su especialidad, habrá visto muchas heridas de guerra. ¿De qué calibre diría usted que era la bala que hirió a Durruti?

—Sin asegurarlo, yo diría que podría ser de un nueve largo.

—Una última cuestión, doctor. Según consta en nuestras investigaciones, usted le confesó a alguien que el chaquetón de cuero de Durruti presentaba una quemadura de pólvora producida por el fogonazo de un disparo. Un disparo realizado casi con seguridad a corta distancia. ¿Es eso cierto, doctor?

La pregunta de Fernández Durán parecía haber hecho blanco bajo la línea de flotación. El doctor se removió inquieto en su asiento al tiempo que la comisura de sus labios se contrajo en un rictus apenas perceptible.

—No recuerdo haber hablado con nadie de esa cuestión —replicó tratando de aparentar imperturbabilidad sin embargo, la expresión de su semblante resultaba bastante más explícita que sus palabras—. ¿Quién le ha dicho eso?

—Eso no importa ahora, doctor —dijo Fernández Durán con una afable sonrisa en el rostro—. Sólo quiero saber si es cierto o no.

El doctor compuso una mueca desangelada bajo la que subyacía una evidente cautela. No se sentía nada cómodo sobre el terreno en el que parecía medirse.

—Sí, es cierto. El chaquetón de cuero del herido presentaba la quemadura de un fogonazo de pólvora que podría, y digo podría, comandante, haber sido producida por un disparo a corta distancia. Pero eso, por sí sólo, no demuestra nada. Dicha quemadura pudo haberse producido antes del incidente y por cualquier motivo.

—¿La quemadura se encontraba sobre el mismo lugar en el que Durruti presentaba su herida?

—Bueno, más o menos en la misma zona pero...

—¿Sabe dónde se encuentra actualmente ese chaquetón? Nos sería de gran utilidad el poder examinarlo.

—No lo sé, comandante. La ropa y los efectos personales de Durruti fueron recogidos por los integrantes de la columna, supongo que para entregarlos a la familia. Desconozco el paradero actual de ese chaquetón.

—Está bien, doctor —concluyó Fernández Durán—. No tengo más preguntas que hacerle. Puede marcharse cuando lo desee.

—Gracias, comandante —replicó Santamaría mientras hacía ademán de levantarse de su asiento—. Espero haberle sido de utilidad y deseo sinceramente que encuentre lo que busca, sea lo que sea.

—Lo intentaré por todos los medios posibles, doctor. No le quepa la menor duda. Buenas tardes.

El doctor Santamaría se levantó de su asiento y abandonó la sala.

—No sé qué lealtades oculta ese hombre, Alcázar —dijo Fernández Durán, dirigiéndose al teniente—, pero sabe más de lo que dice. No digo que nos haya mentado, que no lo creo sinceramente, pero por su situación y sobre todo por su relación con los momentos inmediatamente posteriores al incidente estoy más que seguro que conoce detalles que, por un motivo u otro, no ha querido revelarnos.

—A mí también me ha dado esa impresión, comandante —respondió Alcázar—. Ha habido un momento a lo largo del interrogatorio en el que me ha parecido que se ponía de lo más nervioso.

—Exactamente, Alcázar. Pero vamos a tratar de reflexionar sobre lo que nos ha contado no sobre lo que nos haya podido ocultar. ¿Ha encontrado usted algo interesante en su declaración, teniente?

—Nada especial, mi comandante. Salvo que nos ha confirmado el comentario de Bonilla acerca del chaquetón. Me ha llamado la atención lo que ha dicho acerca de la discusión y los cuchicheos airados entre Manzana y Graves, una vez que estos llegaron al hospital, pero aparte de eso, nada.

—Se lo he dicho mil veces, Alcázar. Escuchar. Esa es la clave. Hay que escuchar y no sólo oír... —en ese momento el sonido de unos nudillos golpeando la puerta interrumpió la conversación.

—Adelante.

La puerta se entreabrió y un soldado asomó con cautela la cabeza a través del hueco.

—Perdone que les interrumpa, mi comandante —expuso el soldado visiblemente azorado—, pero hay aquí un sargento que dice que tiene una cita con usted. Me ha ordenado que venga a avisarle.

—Hágale pasar, soldado.

Instantes después accedió a la sala un hombre de mediana estatura, corpulento, moreno, ojos de color negro muy vivos y expresivos, frente despejada, con aire marcial y arrogante. Se situó frente a Fernández Durán y durante unos segundos lo estudió en silencio.

—Soy el sargento José Manzana —dijo finalmente—. Supongo que usted es el comandante Fernández Durán.

—Supone usted correctamente, sargento.

—No quiero parecer descortés, comandante —continuó Manzana—, pero tengo asuntos muy importantes que resolver en el frente de Aragón. Asuntos de los que me han retirado para acudir a esta entrevista. Si usted no tiene inconveniente, me gustaría comenzar lo antes posible.

—Bien, sargento. Procuraré retenerle el tiempo estrictamente necesario. Siéntese, por favor.

Manzana tomó asiento. Fernández Durán dejó aparte los preámbulos y fue directamente al asunto.

—¿Le han informado del motivo de esta entrevista, sargento? —preguntó Fernández Durán.

—No, señor.

—Estamos investigando las circunstancias que rodearon la muerte del que fuera hasta hace poco su comandante en jefe.

Entrevistamos a todos los que estuvieron presentes en el hecho y a los que, de una manera u otra, tuvieron conocimiento del mismo. Y por ese motivo está usted aquí, sargento.

Manzana miró fijamente a Fernández Durán, con una mezcla de desafío y burla en la mirada.

—¿Y qué cree usted que puedo contar acerca de ese hecho que no haya explicado ya y del cual usted no sepa por los informes oficiales, comandante?

Fernández Durán le devolvió la mirada con gesto retador.

—No lo sé, sargento. Estamos aquí precisamente para averiguarlo.

Durante un breve instante Manzana continuó mirando fijamente a Fernández Durán, conservando el mismo gesto de arrogancia. Luego, pareció relajarse, sonrió y se replegó en su silla.

—¿Qué desea saber exactamente, comandante?

—Todo lo que pueda decirme, sargento. Desde el principio.

—Está bien, comandante. Ese día, Durruti y yo habíamos decidido salir a dar una vuelta de reconocimiento por la Ciudad Universitaria. Queríamos echar un vistazo a la situación del frente. Poco antes de salir, se acercó hasta el cuartel de la calle Miguel Ángel un enlace que venía de la zona del Hospital Clínico para comunicarnos que el asunto estaba bastante complicado por allí, así que Durruti cambió de planes y decidió

pasar por la zona del hospital primero. Subimos al coche y nos dirigimos hacia allí.

—¿Quiénes iban en el coche, sargento?

—Graves, el chófer, iba conduciendo. Durruti y yo íbamos sentados atrás.

—¿Iban solos o seguían a otro coche?

—No lo recuerdo exactamente. Puede ser que siguiéramos al coche del enlace cuando este se fue de vuelta. Recuerdo que Durruti estaba muy enfadado. El enlace le había comentado que habían sido rechazados esa misma madrugada desde el Hospital Clínico por los rebeldes, que los soldados estaban muy desmoralizados y que muchos estaban pensando en retirarse. Íbamos hablando de ello en el coche cuando llegamos a unos hotelitos que hay al final de la Avenida del Valle y vimos a un grupo de milicianos que parecían haber abandonado el frente de la Ciudad Universitaria. Aquel encuentro irritó más aún a Durruti y ordenó a Julio Graves que detuviese el vehículo. Durruti bajó del coche como una exhalación y se fue hacia los milicianos. Yo bajé tras él. Les ordenó que se levantaran y les preguntó qué era lo que estaban haciendo allí. Ellos protestaron diciendo que llevaban cinco días sin comer ni dormir. Durruti los amonestó diciéndoles que no se merecían ni un mendrugo de pan si dejaban que los rebeldes se apoderasen de Madrid y que su obligación estaba en el frente, que el futuro de Madrid y, quizá, el de toda España dependía de ellos. Los

muchachos, muy jóvenes, casi unos críos, se avergonzaron y se pusieron en pie para volver a la zona de combate. Tras el intercambio de palabras, volvimos al coche.

—¿Qué pasó después, sargento?

—Yo abrí la puerta de atrás. Justo cuando Durruti se agachaba para introducirse en el coche cayó al suelo como un fardo, chorreando sangre. Vimos en las ventanas del Clínico a algunos hombres apostados con sus fusiles y supusimos que alguno había disparado desde su puesto. Como pudimos, lo subimos al coche y nos dirigimos de inmediato al hospital más próximo, el de las Milicias Confederadas del Hotel Ritz.

—¿Estaba usted herido ese día, sargento? —preguntó Fernández Durán.

—Sí. Llevaba un brazo en cabestrillo. Tenía una herida en la mano derecha que me había hecho unos días antes.

—Continúe, sargento.

—Llegamos al hospital y dejamos a Durruti en manos de Santamaría, el jefe médico de la columna. Inmediatamente después, nos fuimos del hospital en busca de Ricardo Rionda, miembro del comité de Guerra de la columna, para comunicarle lo que había pasado. Tras encontrarle e informarle de lo sucedido, nos ordenó que guardásemos silencio sobre el asunto hasta que todo se aclarara y volvimos de nuevo al

hospital para obtener noticias acerca del estado de Durruti. Esa misma madrugada, murió.

—¿Iban armados ese día, sargento?

—Comandante, nos dirigíamos a dar una vuelta de reconocimiento por el frente de Madrid. Por supuesto que íbamos armados. Durruti llevaba su Colt y yo llevaba mi naranjero.

—Naranjero que al parecer usted extravió ese día, ¿no? —preguntó Fernández Durán.

Manzana perdió por un momento todo su aplomo y arrogancia y miró con sorpresa a Fernández Durán. Fueron sólo un par de segundos. Inmediatamente recobró la compostura.

—Efectivamente, comandante. No volví a encontrarlo. Imagino que, con lo ajetreado de la jornada, lo dejaría olvidado en algún sitio y no volví a saber más del maldito fusil.

Fernández Durán endureció el gesto.

—Sargento, le recuerdo que está usted hablando con un oficial superior y que no voy a tolerarle determinadas actitudes —le reprendió en tono severo.

—Lo siento, mi comandante —replicó Manzana a modo de formulismo.

—¿Tiene usted algo más que añadir a lo expuesto, sargento? —preguntó Fernández Durán.

—No, señor.

—Puede usted retirarse, sargento —dijo Fernández Durán visiblemente molesto—. No necesitamos más de usted por el momento, pero avísenos cuando decida abandonar Madrid

—Mi intención es hacerlo mañana, a última hora de la mañana —respondió Manzana aún furioso por la reprimenda del comandante—. Hasta entonces puede usted localizarme en el cuartel de la calle Miguel Ángel. Buenas tardes, comandante.

Manzana cogió su gorra de encima de la mesa y se volvió para mirar de forma desafiante a Fernández Durán. Sin mediar más palabras salió de la habitación dando un portazo.

—Curioso personaje, ¿no le parece, Alcázar?

—Sí, mi comandante. Con mucho genio.

—¿Qué le ha parecido la declaración del sargento Manzana, Alcázar?

Alcázar dudó. A la vista de sus errores de apreciación en las anteriores declaraciones de los interrogados no deseaba volver a cometer ningún despropósito delante del comandante.

—No sabría decirle, mi comandante —contestó cauteloso—. Me ha parecido que los hechos, básicamente, se ajustan a los relatados por los demás testigos.

Fernández Durán permaneció en silencio durante unos instantes, meditando. Finalmente, inició un esbozo de sonrisa e

inspiró profundamente, como tenía por costumbre cada vez que se proponía manifestarle una de sus conclusiones.

—Vamos a partir de una hipótesis, Alcázar —expuso Fernández Durán—. Partamos del hecho, bastante probable, de que todos los entrevistados, a pesar de que quizá no nos hayan dicho todo lo que sabían, no nos han mentado en lo que sí nos han contado, ¿le parece correcto este punto de partida, teniente?

—Me parece que podría ser un buen punto de partida, mi comandante.

—Bien, partiendo de esa base, tanto Graves, Bonilla, Manzana y el capitán Angulo (tengamos en cuenta que su testimonio no es de primera mano, pero lo daremos por válido) coinciden en el hecho de que Durruti cayó herido cuando estaba a punto de entrar de nuevo en su coche, ¿no es así, teniente?

—Así es, mi comandante.

—Vamos a centrarnos en ese momento clave. Ese momento justo en el que Durruti cae herido. Ese momento en el que alguien le dispara.

—De acuerdo, mi comandante.

—Repasemos, pues —continuó Fernández Durán—. Bonilla no vio el momento exacto en el que Durruti cayó herido puesto que esperaba dentro de un coche que iba delante de la

comitiva y sólo fue testigo de cómo el vehículo en el que viajaba Durruti daba media vuelta; Julio Graves tampoco vio ese momento porque se encontraba en el asiento del conductor y, por lo tanto, se encontraba de espaldas, pero en sus declaraciones, tanto Manzana como el capitán Angulo, aunque en el caso de este no sea de primera mano, sí nos describen ese momento, ¿puede leerme la declaración del capitán Angulo al respecto, teniente?

—«... según me contaron, nada más abrir la puerta, Durruti se inclinó para entrar en el coche y sonó un disparo. Durruti se desplomó, herido...».

—Está bien, teniente —le interrumpió Fernández Duran—. Ahora léame ese mismo punto en la declaración del sargento Manzana.

—«... yo abrí la puerta de atrás. Justo en el momento en el que Durruti se agachaba para introducirse en el coche cayó al suelo como un fardo, chorreando sangre...».

—Con eso nos vale por el momento, teniente. Vaya a la declaración del doctor Santamaría, donde nos describe las características de la herida que presentaba Durruti.

—Ummm... un momento —Alcázar buscaba con avidez entre las notas tomadas en la entrevista al doctor—. Aquí está. «... tanto por su punto de entrada, bajo la tetilla izquierda, como por su punto de salida, en el centro de la espalda, podríamos decir que su trayectoria era prácticamente horizontal...».

—¿Y puede usted explicarme, Alcázar, cómo un disparo realizado en teoría a una distancia de unos seiscientos metros sobre alguien que está inclinado para entrar en un coche provoca una herida de trayectoria prácticamente horizontal que entra por el pecho y sale por la espalda? El disparo tendría que haber venido de debajo del herido, del suelo, para marcar esa trayectoria horizontal y frontal sobre una persona inclinada.

—¿Quizá una bala perdida que rebotara en el suelo, mi comandante?

—Bien pensado, Alcázar, pero por un lado, todo me hace pensar que la zona no estaba batida en ese momento por fuego enemigo. Recuerde la declaración de Manzana. Creo que dijo algo así como «... Durruti bajó del coche como una exhalación y se fue hacia los milicianos. Yo bajé tras él. Les ordenó que se levantaran y les preguntó qué era lo que estaban haciendo allí...», lo cual confirma la declaración de Bonilla que dijo que los milicianos se encontraban sentados, descansando y eso no suele hacerse en una zona batida por fuego enemigo como ya le comenté, teniente. Por otro lado, una bala perdida del nueve largo que rebote en el suelo, de haber sido disparada desde una distancia aproximada de seiscientos metros, no puede albergar la fuerza suficiente para atravesar un cuerpo. Dudo incluso de que tuviese siquiera el alcance. En el mejor de los casos, debería haberse alojado dentro del cuerpo de Durruti sin provocar orificio de salida. Y luego tengamos en cuenta la

quemadura del chaquetón. Todo parece indicar que el disparo debió de producirse a muy corta distancia y desde una posición inferior al cuerpo de Durruti, ya que este se encontraba agachado para entrar en el coche.

—Pero mi comandante, con esas premisas, la bala sólo pudo haber venido de alguien que hubiese estado escondido debajo del coche y saliera a disparar justo en el momento en el que Durruti entraba en el mismo. Eso es imposible.

—Puede haber otra explicación más sencilla, Alcázar. Siempre la hay.

—Pues no alcanzo a comprenderla, mi comandante.

—Que todo se debiera a una terrible casualidad, Alcázar —dijo Fernández Durán sonriendo maliciosamente—, pero no la que han querido hacernos ver.

—Entonces, ¿cuál es su conclusión, mi comandante?

—Pensemos juntos, Alcázar. Después de reprender a los milicianos, Durruti y Manzana regresaron al coche, ¿no es así?

—Sí, mi comandante.

—También parece quedar demostrado con cierta solvencia que el disparo se produjo a corta distancia. El doctor Santamaría se mostró muy sorprendido de que conociésemos ese detalle y, aunque podía haberlo negado, no lo ha hecho. A regañadientes y expresando sus dudas, al final lo ha corroborado.

—Así es, señor.

—¿Quiénes, en ese preciso instante, se encontraban cerca de Durruti y portaban un arma?

—Los cinco milicianos, el propio Durruti y el sargento Manzana. Es posible que Graves, pero no disponemos de ese dato —respondió Alcázar tras meditarlo unos instantes.

—Los milicianos y Graves quedan descartados, teniente, puesto que el disparo se produjo a bocajarro. De otra manera es imposible que el chaquetón de cuero presentase la quemadura de un fogonazo.

—Señor, ¿no estará insinuando que Durruti se disparó a sí mismo con su Colt? —preguntó estupefacto Alcázar.

—No, teniente. Por la trayectoria de la bala es muy poco probable. Pero nos queda alguien.

—No puede ser, señor —Alcázar abría cada vez más los ojos.

—¿Dígame una cosa, Alcázar? ¿Se ha fijado si el sargento Manzana era diestro o zurdo?

—No me he fijado, mi comandante.

—Yo sí. Le puedo confirmar que Manzana es diestro. Le he visto coger su gorra al marcharse y agarrar el pomo de la puerta al abrirla y en ambos casos han sido gestos de una persona diestra. Sin embargo, si ese día estaba herido en la

mano derecha y la llevaba en cabestrillo, ¿en qué hombro cree que llevaría colgado su naranjero?

—Supongo que en el izquierdo, mi comandante. Es lo lógico.

—¿Y cree usted que una persona diestra se puede manejar con soltura llevando un fusil en el brazo contrario al que lo porta habitualmente?

—Más bien no, señor.

—No puedo demostrarlo, Alcázar, pero creo estar bastante seguro de cómo sucedió todo. Cuando Durruti se acercó al coche, él o Manzana, uno de los dos, abrió la puerta de atrás. Durruti se inclinó para entrar al vehículo y en ese momento, casi con toda seguridad, a Manzana se le deslizó el naranjero del hombro izquierdo y se le cayó al suelo golpeándose contra el asfalto. Recordará que le pedí insistentemente que confirmara si el arma que llevaba habitualmente el sargento Manzana era un naranjero. No sé si usted lo sabrá. El naranjero está catalogado como uno de los mejores subfusiles de combate de los que disponemos por su cadencia de disparo y su robustez pero también está considerado como uno de los más peligrosos puesto que carece de seguro de transporte. Puede comprobarlo cuando guste pero, por favor, si en algo estima su vida, hágalo con él descargado. Basta con que le dé un ligero golpe contra el suelo para comprobar la facilidad con la que el percutor se dispara una vez ha sido montado. El teniente coronel López-Tienda fue víctima de un desafortunado

accidente de similares características ocurrido escasamente un mes antes de la muerte de Durruti, en la carretera de Extremadura. Y le aseguro que lo habitual al moverse por una zona de combate con un fusil es llevarlo montado por si hay necesidad de hacer uso de él de forma inmediata. Al caer y golpearse el naranjero de Manzana contra el suelo, éste se disparó, desde una posición baja como le insinué antes, y alcanzó a Durruti en el pecho. Si en ese momento Durruti se encontraba encorvado para acceder al coche, es más que lógico que la bala siguiera una trayectoria horizontal. Y ese fue el momento en el que Manzana perdió su fusil. Simplemente lo dejó allí olvidado con la confusión del momento.

Alcázar no podía dar crédito a lo que estaba oyendo y, sin embargo, las piezas encajaban a la perfección como en un rompecabezas. Sobreponiéndose a su sorpresa, preguntó:

—Pero, mi comandante, si desde el principio tan sólo se trató de un desgraciado accidente, ¿por qué ese empeño en ocultarlo? ¿Por qué no contar cómo había ocurrido todo?

—Elemental, querido Alcázar. Todo el mundo trataba de evitar suspicacias. Los ánimos andan muy revueltos en un todos contra todos. Imagine la situación, teniente. Los comunistas andan a la gresca con los anarquistas; distintos grupos de anarquistas también están enfrentados entre sí; los marxistas del P.O.U.M aliados con los anarquistas en contra de los comunistas que, apoyados por los Soviets, intentan hacer su propia revolución basándose en las premisas de la revolución

rusa. Cualquier intento de explicar que la causa de todo había sido un lamentable accidente no hubiese sido aceptado por ninguna de las partes. Habrían aprovechado el momento para desatar una lluvia de acusaciones de unos contra otros que hubiera acabado desembocando en una verdadera batalla campal en el seno del gobierno. Y eso no beneficiaba a nadie. Era más fácil echar la culpa a «una maldita bala fascista», puesto que es el enemigo común, y así todos conformes.

—¿Y el gobierno, mi comandante?

—Al gobierno tampoco le interesaba principalmente por dos motivos: uno, que la pérdida de un líder tan carismático a manos de un estúpido accidente hubiese provocado la desmoralización inmediata de la tropa. Era preferible echar la culpa a los rebeldes para darles a los milicianos un motivo más de odio, un motivo más para luchar. Y dos, el explicar que el accidente se produjo debido a la ineficacia del armamento que usamos hubiese provocado, además de la propia desmoralización, una gran desconfianza hacia nuestro material bélico. El gobierno no podía ni puede admitir que estamos peleando con fusiles que si bien no son defectuosos, son inseguros y provocan accidentes, ¿sabe lo que supondría eso?

—Me lo imagino, mi comandante.

—Está bien, Alcázar. Yo redactaré el informe. Contacte con Barcelona y dígales que damos por terminado nuestro trabajo aquí. Concierte una cita con la comisión para dentro de tres

días y disponga lo necesario para salir mañana hacia allí. Puede retirarse.

Fernández Durán abandonó la checa de Fomento y se dirigió hacia su hotel. Madrid se había cubierto con una noche cerrada y el cielo seguía amenazando lluvia. Recordó el incidente ocurrido esa misma tarde en la habitación de su hotel y miró con precaución a ambos lados de la calle. No había nadie a la vista. Finalmente echó a andar en dirección a la plaza de Santo Domingo con paso cansado, enfrascado en sus pensamientos. A pesar de haber llegado a una conclusión satisfactoria sobre el caso, no podía desprenderse de una desagradable sensación de desencanto. En aquellos tumultuosos tiempos no tenía muy claro que toda su labor fuera a servir de algo. Demasiada política. Demasiados intereses. Demasiados comités.

Sin embargo, estaba orgulloso de haber cumplido con la tarea encomendada. Sentía nostalgia por los tiempos en los que él había sido policía, un buen policía. Y en su interior, brindó por ello. Por todo aquello que la guerra, esa maldita guerra fratricida que estaba desolando España, le había quitado y que esperaba volver a recuperar un día. Con un poco de suerte, un día quizá no muy lejano.

Veinticinco años después de todos aquellos sucesos, el comandante Fernández Durán no era ya comandante. De hecho, ni siquiera era Fernández Durán. Tras sufrir durante tres largos años los avatares de la guerra e incluso haber sido participe en primera persona de algunos de los hechos más relevantes de la misma, a la vista del trato que recibieron sus compañeros militares por parte de las fuerzas vencedoras, Fernández Durán optó por esfumarse una vez finalizada la contienda. El comandante Fernández Durán fue dado oficialmente por desaparecido a las pocas semanas y nadie volvió a saber más de él. Al menos como Fernández Durán. Hacía veinte años que se había convertido en el comisario Lobato toda vez que, tras ocultarse durante varios meses y someter su fisonomía a un cambio sustancial, volviera a integrarse a su antiguo oficio de policía. Tras no pocas dificultades y con la ayuda de algunos amigos incondicionales, logró borrar el rastro de la mayor parte de su pasado, crearse una nueva identidad de intachables antecedentes —«afecto al Movimiento de forma incuestionable» enunciaban los avales de su apócrifa ficha— y vencer los recelos del nuevo régimen para reingresar en el cuerpo de policía como agente de calle. Gracias a sus innatas habilidades fue ascendiendo en el escalafón hasta lograr, con el paso del tiempo, el grado de comisario. El recuerdo del antiguo comandante Fernández Durán terminó

por diluirse en la memoria de la gran mayoría de aquellos que llegaron a conocerle. Nadie recordaba ya su existencia.

O casi nadie.

Una tarde se encontraba supervisando el servicio de vigilancia de un encuentro entre altos mandos del ejército y miembros del gabinete de gobierno en unas dependencias militares. Una asistencia rutinaria. La reunión llegó a su fin y los oficiales fueron abandonando el recinto acompañados por sus escoltas. Fernández Durán —Lobato en aquella época— se encontraba en el vestíbulo del edificio dando instrucciones a sus hombres y controlando que la salida de las personalidades allí reunidas se realizase sin contratiempos cuando, inesperadamente, oyó una voz a su espalda que le interpelaba.

—Yo a usted le conozco.

Fernández Durán se volvió. Un hombre de pequeña estatura y edad avanzada, ataviado con uniforme de coronel del ejército y custodiado por dos escoltas, se encontraba frente a él observándole con viva atención.

—¿Disculpe? —inquirió Fernández Durán.

—Yo le conozco —repitió el anciano militar.

—No lo creo, mi coronel. Discúlpeme, pero debe usted haberme confundido con otra persona.

—No, comisario, no le confundo —replicó el coronel con un brillo ladino en los ojos—. Tengo una memoria extraordinaria.

—Pues lo siento, mi coronel, pero yo no le recuerdo a usted.

—¿Podríamos hablar un momento en privado, comandante?

—preguntó el coronel poniendo un énfasis especial en el apelativo. Fernández Durán no pudo evitar que el corazón le diese un vuelco ante la inesperada y sorprendente mención.

—Cuando usted guste, mi coronel —acertó a responder.

—¿Podría ser ahora mismo? —insistió el coronel—. Ordenaré que habiliten un despacho para que podamos hablar con mayor comodidad, ¿le parece?

—Por mí no hay inconveniente, mi coronel.

—Sígame, comisario —concluyó el anciano militar.

Aquel hombre dio instrucciones precisas a uno de sus escoltas. Tras ordenarle que buscase un despacho libre en la planta superior, echó a andar despacio en dirección a la escalera. Fernández Durán, receloso, siguió sus pasos. Durante el trayecto, que a Fernández Durán se le hizo eterno, el coronel no cruzó una sola palabra con él. La mente de Fernández Durán trabajaba a marchas forzadas tratando de determinar cuándo podía haber cometido el paso en falso que le había situado en aquella delicada tesitura. ¿Quién era aquel militar? ¿Qué pretendía exactamente? Tras alcanzar el piso superior divisaron en la puerta de uno de los despachos al escolta que se había adelantado con el fin de preparar el lugar del encuentro y se encaminaron hacia él.

—Quédense en la puerta. No deseo ser molestado bajo ningún concepto —ordenó el coronel a sus escoltas al tiempo que accedía al despacho. Acto seguido, se giró hacia Fernández Durán—. Usted, pase conmigo.

Una vez hubieron entrado en la estancia, el coronel cerró la puerta del despacho y le pidió a Fernández Durán que tomara asiento. El militar observaba atentamente a Fernández Durán, estudiándolo con un leve gesto de estupor dibujado en su envejecido rostro. Fernández Durán permaneció en silencio, a la espera de Dios sabría qué. Finalmente, el coronel inició la conversación.

—Ha sido una grata sorpresa encontrarle de nuevo. Ha cambiado usted mucho, comandante —dijo con parsimonia—. Y yo debo haberlo hecho también, puesto que no parece reconocerme. ¿No me recuerda?

—Lo siento, mi coronel, pero le repito que debe de haberme confundido con otra persona. Yo no soy ni he sido comandante —respondió Fernández Durán con cautela.

—Quizá mi nombre le sea algo más familiar que mi cara. Soy el coronel Angulo.

En ese instante Fernández Durán reconoció al antiguo capitán Angulo, ahora coronel. No dijo nada. Decidió permanecer en silencio, a la expectativa. Angulo continuó hablando.

—Su silencio habla por usted —dijo Angulo. Su expresión y su tono eran afables—. Por lo que parece, mi nombre sí le es más familiar que mi rostro. Se preguntará usted qué hago yo aquí, ¿verdad? Le sacaré de dudas. Pocos meses después de nuestra entrevista, me integré en el bando nacional. Yo soy militar, he sido toda mi vida militar y comprendí que mi sitio estaba entre los míos. Muy pronto entendí que la República, debido a su caos interno, estaba perdida sin remisión y que aquél no era el ejército al que yo quería servir. Poco después, ya en las filas nacionales, me destinaron al frente del Ebro, donde me destacué en combate y el resto puede usted adivinarlo. Por lo que veo, a usted tampoco parece haberle ido demasiado mal, comisario... ¿Cuál es su nombre ahora, comandante?

—Lobato —respondió escuetamente Fernández Durán sin levantar la vista del suelo.

—Lobato. Ya. No se inquiete, Lobato. De todo aquello ha pasado ya mucho tiempo y creo que nadie, o al menos le aseguro que yo no, quiere alimentar viejas rencillas. No le guardo ningún rencor por ser quien fue, Lobato. Usted cumplía con su deber como yo cumplí con el mío. Y aunque todo el mundo conoce mi pasado, inicialmente republicano, sospecho que el suyo es algo menos notorio. Aun así, estoy convencido de que los dos somos unos caballeros y no conviene sacar a relucir cuestiones que no incumben a nadie.

—Se lo agradezco, mi coronel.

—No me dé las gracias, no las merece. Aquel día, en la checa de Fomento, usted me pareció una persona cabal. Y las personas íntegras y honradas tienen derecho a rehacer su vida por encima de ideologías y zarandajas. Pero siento una terrible curiosidad, Lobato.

—¿De qué se trata, mi coronel?

—¿Cuáles fueron las conclusiones de su investigación sobre la muerte de Durruti? Porque hoy en día la versión más difundida y aceptada es la de que una bala nacional disparada desde el Hospital Clínico acabó con su vida. ¿Fue esa su conclusión, Lobato?

—No, mi coronel. Mis conclusiones fueron otras.

—Y si fueron otras, ¿por qué no fueron hechas públicas, comisario?

—No lo sé, mi coronel. Yo entregué el informe con mis conclusiones a mis superiores.

—Me temo, Lobato, que sabe de sobra por qué sus conclusiones no fueron hechas públicas. Seguramente, en su fuero interno, lo supo usted desde el mismo instante en el que llegó a ellas. Y yo también intuyo por qué no se publicaron, pero no ha contestado a mi pregunta. ¿A qué conclusiones llegó?

—Durruti murió por un disparo accidental del arma que portaba uno de sus acompañantes, el sargento Manzana. Un

naranjero que se disparó al golpear el suelo cuando se le escurrió del hombro en el momento en el que ambos se disponían a entrar en el coche.

Angulo guardó silencio durante unos instantes, reflexionando sobre lo que Fernández Durán acababa de revelarle.

—Déjeme contarle un par de cosas, Lobato. Quizá le sirvan como apostillas a su informe, aunque sólo sean a título personal, para saciar su curiosidad. Unas las descubrí al poco de incorporarme al ejército nacional; otras, algunos años después. ¿Quiere usted tomar un café, comisario?

—No, mi coronel. Gracias.

—Bien, comencemos. El 19 de julio de 1936, tan sólo un día después del glorioso alzamiento nacional y cuatro meses antes de la muerte de Durruti, el Cuartel de las Atarazanas en Barcelona fue tomado por militares nacionales que se sumaron a la iniciativa del general Franco. El sargento Manzana se encontraba inicialmente entre esos militares leales al alzamiento. Por toda respuesta, la milicia anarquista de Barcelona se sublevó contra el levantamiento militar y por ende contra los militares allí refugiados y pretendió llevar a cabo la reconquista del cuartel, liderada entre otros por Durruti y uno de sus acólitos, Francisco Ascaso, miembro del Comité Regional de la CNT de Cataluña. En medio del fragor de la batalla, un certero disparo acertó entre ceja y ceja a Ascaso, que murió en el acto. El sargento Manzana, que le recuerdo

comisario, estaba dentro del cuartel repeliendo el ataque anarquista junto a soldados fieles al alzamiento, durante su carrera militar iniciada en 1923 había participado en concursos de tiro nacionales e internacionales siendo merecedor de un título de Maestro Tirador de arma corta, otro de precisión y otro de revólver. No existen pruebas de ningún tipo, ni directas ni circunstanciales, pero es una de esas grandes casualidades del destino el que dentro de aquel cuartel se encontrara un campeón de tiro y fuera del cuartel alguien tan representativo del movimiento anarcosindicalista muriese de un disparo tan certero. Poco después de ese hecho, en medio del fragor del asalto al cuartel, Manzana decide desertar y unirse a los milicianos. Se hace amigo inseparable de Durruti, se une a su columna y le acompaña en las campañas de Aragón y Madrid. Durruti le nombró asesor militar de la columna. ¿Qué le parece, comisario?

—Todo ello, a pesar de ser muy ilustrativo, mi coronel, no parece más que una situación meramente fortuita.

—Sí, comisario, lo sé —continuó Angulo—. Pero no deja de ser peculiar. Lo que unido a otras circunstancias también fortuitas en apariencia nos conduce a través de un camino muy curioso. Años después, por razones que no vienen al caso, tuve ocasión de leer el expediente militar del sargento Manzana. Como le he dicho, ingresó en el ejercito en 1923 como recluta de reemplazo. Participó en las campañas de África entre septiembre de 1925 y septiembre de 1926 siéndole otorgada la

Medalla Militar de Marruecos con pasador de Larache y una Cruz al Mérito Militar con distintivo rojo. Todas las evaluaciones que se le realizaron, conducta, valor, aplicación, las pasó con excelente nota. Comisario, permítame que le diga que no es muy habitual que un héroe de África, con su historial, se haga anarquista a los treinta y cuatro años. Por otra parte, hace unos años corría el rumor en ciertos estamentos militares, y le repito que sólo era un rumor ya que no pude confirmarlo, de que Manzana recibía una pensión del estado por no se sabe muy bien qué servicios prestados. Pero aún queda el plato fuerte. Comisario —el coronel Angulo hizo una pausa—: yo conocí al sargento Manzana.

—¿Cómo dice? —preguntó Fernández Durán, atónito, levantando la mirada que hasta entonces mantenía posada en el suelo.

—Pocos años después de acabada la guerra, yo llegué a ver al sargento Manzana en una ocasión. Me encontraba reunido con otros militares en casa de un general del cual no voy a revelar el nombre cuando entró por la puerta un hombre. Al parecer tenía una cita con dicho general. Al verle entrar, nuestro anfitrión exclamó: «aquí entra el hombre que mató a Durruti». Todos nos quedamos petrificados. El general se levantó de su asiento y junto con Manzana se dirigieron a su despacho donde hablaron a solas durante unos minutos. Poco después, el general salió de su despacho, Manzana se marchó y la reunión continuó como si nada hubiese ocurrido. No hubo ningún

comentario acerca del tema. Nadie osó realizar ninguna observación. Si el general hizo su afirmación con la intención de indicar que Manzana mató a Durruti deliberadamente o bien se refería al hombre que mató a Durruti de forma accidental es un extremo que no puedo aclararle puesto que desconozco la respuesta. Júzguelo usted mismo.

Fernández Durán se mantuvo mirando al suelo, meditabundo. Angulo lo estudiaba sin pronunciar palabra. Finalmente, Fernández Durán levantó la vista, acertando sólo a pronunciar una única frase.

—Gracias, mi coronel —hizo una pausa—. Por todo.

—No me las dé, comisario. Ahora saldremos por esa puerta. Usted y yo no nos conocemos personalmente, no nos hemos visto nunca y esta conversación jamás ha tenido lugar, ¿me comprende?

—Perfectamente, mi coronel.

—Comisario, me alegra sinceramente haberme encontrado de nuevo con usted. Adiós.

El coronel Angulo salió del despacho. La escolta se cuadró ante él. El viejo coronel dirigió una última mirada a Fernández Durán antes de unirse a sus hombres y encaminarse hacia la salida de las dependencias dejando en aquel despacho al comandante sumido en la soledad de sus recuerdos.

Alcorcón, febrero de 2003 Parque Coimbra, mayo de 2010

DURRUTI: LA FORJA DE UN LIBERTARIO

La carismática figura del líder anarquista Buenaventura Durruti (León, 1896 — Madrid, 1936) siempre ha estado rodeada de una fascinante aureola de leyenda, de un halo mítico capaz de perdurar en el tiempo y llegar hasta nuestros días. Su vida podría considerarse como uno de los ejemplos más incuestionables de consecuencia ideológica, uno de los más claros exponentes de cómo alguien es capaz de dedicar su existencia a la enconada defensa de unos ideales al margen de la validez o la legitimidad con la que se quiera dotar a los mismos. Su trayectoria nos muestra la continua lucha de un hombre que hizo de la defensa del ideal libertario y de la consecución de un mundo acorde a estos principios su objetivo vital, aun teniendo en cuenta que no siempre empleara para ello los cauces más oportunos. Pero Durruti fue ante todo un hombre honesto, para consigo mismo y para con aquello y aquellos en quienes creía. Una persona imbuida por férreas convicciones que marcaron su vida de forma indeleble y al que su afán por defenderlas le llevó al extremo de entregar su vida.

Aun a pesar de lo extendida de la creencia, el activismo anarquista de Buenaventura Durruti no se reduce ni mucho menos a su breve intervención durante la Guerra Civil española —recordemos que esta se inició en julio de 1936 y Durruti falleció en noviembre de ese mismo año—. Hasta llegar a ese trágico momento, la vida de Durruti estuvo marcada por apasionantes acontecimientos que demuestran el coraje y el arrojo del anarquista así como su talante ante la vida y la defensa de sus principios. Tal y como decía el escritor y periodista Ilya Ehrenburg, que le conoció y convivió con él, «la vida de Durruti es imposible de narrar. Se parece demasiado a una novela de aventuras». Pero, curiosamente, han sido las circunstancias que rodearon su muerte las que quizá más hayan contribuido a perfilar ese halo de leyenda que sustenta el mito. Y es a raíz de ese hecho donde se gesta *El hombre que mató a Durruti*. Pero antes de llegar a ese punto, considero conveniente hacer un somero recorrido por los principales acontecimientos que definieron la vida y muerte del líder anarquista.

SU VIDA

Nacido en 1896 en el barrio de Santa Ana de la capital leonesa, en el seno de una humilde familia numerosa —fue el segundo de ocho hermanos—, cuentan de él que era un niño bastante díscolo, no especialmente dotado para los estudios aunque tampoco exento de una aguda perspicacia y un carácter noble y sencillo. Su infancia transcurrió en la más absoluta normalidad. En 1910, en contra de la opinión familiar, decide abandonar la escuela e inscribirse en el taller de Melchor Martínez, notorio socialista de León, para aprender el oficio de mecánico. Influenciado por el marcado carácter socialista de su padre, Santiago Durruti, empleado de los Ferrocarriles del Norte, y siguiendo los consejos de Martínez, su mentor, en 1912 decide afiliarse a la Unión de Metalúrgicos, agrupación sindical dependiente de la UGT. Al poco decide abandonar el taller de Melchor Martínez en busca de nuevas y mayores oportunidades, empleándose como montador de lavaderos de carbón en Matallana de Torio, situado a 30 kilómetros de León. Sería en esta población donde daría muestras por vez primera del talante y el temperamento del que haría gala el resto de su vida. Durante su estancia se vio involucrado en un conflicto provocado por un grupo de mineros que exigían la destitución de uno de los ingenieros. Los mineros, con el apoyo de Durruti y los demás mecánicos, lograron sus fines a través de diversos actos de protesta sin

embargo, a su vuelta a León, se encontró con la desagradable sorpresa de que la Guardia Civil había estado indagando acerca de él entre vecinos y familiares. La posterior leyenda de Buenaventura Durruti comenzaba a gestarse.

Con veinte años recién cumplidos y animado de nuevo por su padre, se presenta a un examen a fin de ingresar en la compañía de Ferrocarriles del Norte. Aprueba la convocatoria y obtiene la plaza de mecánico ajustador. En agosto de 1917, tan sólo un año después de su ingreso, estalla una huelga general promovida por UGT —sindicato al que ya estaba afiliado— y secundada por la CNT. Desde el sector ferroviario se inician una serie de protestas que terminan generando reacciones de especial violencia, como la quema de locomotoras y el levantamiento del tendido viario en alguno de sus tramos, actos en los que Durruti se significó de forma especialmente notable. Por este motivo, una vez terminada la huelga es despedido de su puesto y, al mismo tiempo, expulsado de la UGT, que lo acusa de mantener una postura extremadamente radical. Su excesiva relevancia durante la huelga le convierte en el punto de mira del aparato policial, que lo acusa de los cargos de saboteador y de desertor —ya que se había negado a incorporarse a filas— y emite una orden de busca y captura en su contra. Durruti se ve obligado a huir primero a Gijón, donde establece sus primeros contactos con la CNT, organización que, al contrario que la UGT, considera más afín a sus planteamientos, y posteriormente a Francia. Es durante su

primera estancia en el país galo cuando comienza a relacionarse con exiliados anarquistas y a frecuentar círculos de marcado carácter libertario donde descubre que las bases sobre las que se sustenta el ideario revolucionario y los métodos de acción directa resultan más acordes con su forma de sentir y pensar que los tibios arquetipos socialistas que defendía hasta ese momento.

En enero de 1919 Durruti regresa a España de forma clandestina y parte hacia Asturias para llevar a cabo una misión encomendada por la CNT, organismo al que ya pertenece de forma plena. Tres meses más tarde, cuando se dirigía a Galicia con el fin de coordinar algunas acciones sindicales, es detenido en La Coruña e identificado como prófugo de la justicia militar. Se le traslada a San Sebastián donde es sometido a consejo de guerra y recluido. Sin embargo, su estancia en prisión sería breve. Con la ayuda de unos compañeros consigue evadirse en julio de 1919 y huye de nuevo a Francia. Refugiado en París, se emplea como mecánico en la factoría Renault al tiempo que reanuda sus contactos con entornos anarquistas. Plenamente convencido de que la propagación del ideal libertario en España debe ser una prioridad aun a pesar de asumir los riesgos que ello conlleve, Durruti decide regresar a España en enero de 1920 e instalarse en San Sebastián como metalúrgico, oficio que le permite sostener una adecuada proximidad a determinados ámbitos sindicales. Durante aquella época, las duras pugnas entre la patronal y los obreros del sector y la

guerra sucia entre ambos —en la que incluso se promovía el asesinato de líderes sindicales— le llevan a fundar, junto a otros significados anarquistas vascos como Arrete, Suberviola o Del Campo, el beligerante grupo de acción directa conocido como «Los Justicieros», creado en principio como sistema de autodefensa ante la patronal. Bajo esta agrupación lleva a cabo diversas acciones de gran resonancia pública entre las que destaca la planificación de un gran golpe de efecto como vía a sus reivindicaciones: un atentado contra Alfonso XIII aprovechando una visita del monarca a la ciudad en agosto de 1920 pero, durante su desarrollo, el plan es descubierto y fracasa estrepitosamente, viéndose obligados a huir de San Sebastián.

Manuel Buenacasa, destacado dirigente cenetista, le aconseja que se dirija a Barcelona, dónde este dispone de grandes amigos y contactos que pueden ayudarle, y le insta a que se establezca en la Ciudad Condal hasta que el ambiente se enfríe. Antes de su marcha a Barcelona, Durruti decide iniciar un breve periplo por tierras andaluzas a fin de continuar en esta región con la labor de extender los fundamentos del anarquismo. A finales de febrero de 1921 da por terminada su misión y decide marchar a Barcelona. El 9 de marzo, de paso por Madrid, la suerte no parece acompañarle. Debido al intenso despliegue policial a raíz del asesinato el día anterior del presidente del Consejo de Ministros, Eduardo Dato, a manos de tres anarquistas, Durruti es detenido en un control

rutinario. Haciendo uso de una falsa identidad logra engañar a la Policía y salir airoso, continuando su viaje hacia Barcelona, su destino final. Será en esta ciudad donde, merced a las gestiones de Buenacasa, Durruti trabará contacto con muchos de los que más tarde terminarían por compartir con él parte de su leyenda: Francisco Ascaso, García Oliver, Ricardo Sanz, García Vivancos... todos ellos destacados sindicalistas barceloneses con los que constituiría a finales de 1922 un grupo autodenominado «Los Solidarios» cuya finalidad primigenia era la de luchar contra bandas armadas pagadas y subvencionadas por los empresarios con el fin de amedrentar a los obreros. Los encuentros con estos grupos adquirirían carácter de auténtica guerra encubierta en la que no faltaban secuestros, palizas y tiroteos.

Durante una de sus reuniones clandestinas alguien lanza la propuesta de asesinar al arzobispo de Zaragoza, Soldevilla y Romero. La iniciativa surge a raíz de sus cada vez más frecuentes diatribas en las que el religioso insta a las autoridades a que empleen medidas férreas y extremadamente duras contra obreros, sindicalistas y agitadores. La espectacular acción tendría lugar el 4 de junio de 1923 cuando el arzobispo se dirigía a una finca de su propiedad conocida como «El Terminillo», en las proximidades de Zaragoza, y en la que se ubicaba una pequeña escuela dirigida por monjas. Sus asesinos se apostaron a ambos lados de la entrada de la finca y al paso de su vehículo lo acribillaron a balazos. Existen versiones

contradictorias acerca de si Durruti tomó parte o no en el atentado contra el arzobispo. Algunas fuentes indican que se hallaba detenido por esas fechas. En cualquier caso, lo que sí parece indudable es que la autoría del atentado debe atribuirse a «Los Solidarios». Por este motivo, Francisco Ascaso es detenido pocos días más tarde junto a otros anarquistas y encerrado en prisión. El grupo, con su acción, pasa a estar en boca de todo el mundo, que ya comienza a hablar de «La banda de Durruti».

Tres meses más tarde, el 1 de septiembre, llevan a cabo otra audaz operación: el atraco a la sede del Banco de España en Gijón con el fin de recaudar fondos para la causa anarquista. Del asalto obtienen dos cosas: un botín de 675.000 pesetas y un importante aumento de su notoriedad debido en gran medida a lo espectacular del desarrollo de su acción: dos días más tarde, tras mantener un intenso tiroteo con los miembros de la Guardia Civil, Durruti logra huir del cerco policial subiendo al tejado de una casa y saltando de azotea en azotea. «La banda de Durruti» se convierte en objeto de especial atención para la mayor parte de los titulares de prensa.

El 13 de septiembre, pocos días después del atraco en Gijón, se produce el golpe militar de Primo de Rivera. Ante el recrudecimiento de la situación política, los miembros del grupo «Los Solidarios» planean exiliarse a Francia en prevención de unas más que seguras represalias contra toda persona de significada relación con ambientes anarquistas. Con

la ayuda de varios compañeros planea la evasión de Francisco Ascaso —que se hallaba confinado en la prisión de Predicadores desde el 28 de junio acusado del asesinato del arzobispo Soldevilla—. La fuga se produce el 8 de noviembre y a finales de 1923, aconsejados por el comité anarquista de Barcelona, deciden marchar a París. Una vez allí, amplían sus contactos con anarquistas exiliados de otros países y entre todos deciden fundar en 1924 la «Librería Internacional» con el fin de propagar la ideología y la lucha revolucionaria, iniciando su andadura con un ambicioso proyecto bajo el patrocinio de Sebastián Faure, destacado pensador y filósofo anarquista, denominado «La Enciclopedia Anarquista» que debería recoger las bases del pensamiento libertario.

Durante 1924 la situación política en España se recrudece. Suberviola, Del Campo, Teodoro Arrete... un gran número de significados anarquistas caen en distintos enfrentamientos con las fuerzas del orden. En el mes de mayo es asesinado Rogelio Pérez Cicario, verdugo titular de Barcelona. Siguiendo la tónica habitual, se culpa del hecho a ciertos miembros anarquistas cercanos a la órbita de la CNT. La dictadura de Primo de Rivera no deja pasar la oportunidad y la CNT es declarada ilegal, viéndose obligada a pasar a la clandestinidad. El 6 de noviembre de ese mismo año cientos de militantes de la CNT tratan de asaltar el cuartel de las Atarazanas, en Barcelona, con el fin de iniciar una revuelta que fuerce la destitución del gobierno de Primo de Rivera. Inicialmente cuentan con el

apoyo de un numeroso grupo de cenetistas exiliados entre los que se encuentran Ascaso y Durruti que, desde Francia, tratarán de atravesar la frontera por Vera de Bidasoa para unirse a la insurrección. La acción resulta un fracaso ya que los cuerpos de seguridad, que tuvieron en todo momento conocimiento previo de los hechos, abortaron el plan, llevando a cabo masivas detenciones (en torno a 200 militantes de la CNT).

A finales de 1924, Durruti, acompañado por Francisco Ascaso, embarca con rumbo a Sudamérica. Su intención es esparcir por tierras latinoamericanas la semilla del pensamiento libertario y, al mismo tiempo, recaudar fondos que les permitan sufragar los gastos de la liberación de sus compañeros detenidos por las acciones del noviembre anterior en Barcelona. Su primera escala se produce en la isla de Cuba donde son empleados, primero como trabajadores portuarios y después, como cortadores de caña. Pronto comienzan a extender su labor sindical entre los trabajadores cubanos, labor que alcanza su punto álgido con el asesinato de un empresario que mantenía en régimen de semiesclavitud a sus trabajadores. El hecho provoca que se emita una orden de busca y captura por parte de las autoridades cubanas lo que les obliga a abandonar la isla y dirigirse a México en marzo de 1925. En su nuevo destino se les unirán Gregorio Jover y Alejandro Ascaso, el hermano pequeño de Francisco, con los que decide formar el grupo «Los Errantes» con el fin de llevar a la práctica un

concepto que ellos denominan «anarquismo expropiador». En abril asaltan las oficinas de la fábrica de tejidos «La Carolina» obteniendo un botín de cuatro mil pesos que destinan a la fundación de una escuela racionalista inspirada en las enseñanzas de Francisco Ferrer. Perseguidos por las autoridades mexicanas se ven obligados a huir de nuevo, primero a Perú, luego a Chile donde el 16 de julio de ese año se hacen acreedores del cuestionable honor de cometer el primer atraco a una entidad bancaria ocurrido en la historia de ese país, y finalmente a Argentina, donde llegan a mediados de agosto. Con la intención de pasar inadvertidos —en Sudamérica ya eran buscados por la justicia de tres países: Cuba, México y Chile— deciden buscar trabajo y establecerse durante un tiempo como simples emigrantes. Jover se emplea como ebanista, Ascaso como cocinero y Durruti como estibador. Durante el resto del año se producen una serie de robos de menor cuantía que algunas fuentes atribuyen a «Los Errantes» aunque no existe plena confirmación al respecto. De lo que no cabe duda es que el 18 de enero de 1926 llevan a cabo el asalto al Banco de Argentina en la ciudad de San Martín, donde obtienen un botín de sesenta y cuatro mil pesos argentinos. Se publican carteles en los que se ofrece una recompensa por su captura y su foto aparece en toda la prensa argentina. La situación comienza a ser realmente delicada y deciden huir de nuevo. Tras una conflictiva y rocambolesca huida logran cruzar el Río de la Plata y llegar a Montevideo, donde embarcan

rumbo a Europa a finales de febrero de 1926 dando por concluido, tras quince meses, su periplo sudamericano.

A primeros de mayo de 1926, Durruti ya se encuentra en París de nuevo. Junto con el recién reconstituido grupo «Los Solidarios» planea una audaz acción: atentar contra la vida de Alfonso XIII durante su visita a París, acompañado de Primo de Rivera, el 14 de julio de ese año. El monarca había sido invitado por las autoridades francesas con motivo de la fiesta nacional y «Los Solidarios» encuentran en ello una oportunidad irrepetible para provocar un giro extraordinario a la situación política vigente en España. Durante dos meses se dedican a preparar minuciosamente el golpe que, casualmente, coincidiría con el treinta cumpleaños de Durruti. Sin embargo la policía francesa se anticipa a su plan y el 25 de junio es detenido en un hotel de París el grupo «Los Solidarios» al completo. Son acusados de conspiración y encarcelados por ello. Las demandas de extradición de diversos gobiernos, con los de Argentina y España a la cabeza, no se hacen esperar. El panorama se torna particularmente sombrío para Durruti y sus compañeros.

En París, encabezada por Sebastián Faure y apoyada por decenas de intelectuales europeos, entre ellos el influyente anarquista Louis Lecoin, se inicia una intensa campaña en favor de los detenidos cuya principal finalidad es evitar que estos sean extraditados. La sociedad y la opinión pública francesa responden favorablemente y se unen en defensa de los

encausados. En julio de 1927, tras permanecer un año en prisión, los integrantes de «Los Solidarios» son juzgados y posteriormente indultados. Sin embargo, en la misma sentencia, se les deniega la residencia en territorio francés lo que provoca un chocante conflicto. El gobierno galo no está dispuesto a extraditarlos puesto que han sido indultados y, de tomar dicha decisión, la presión mediática surgida a raíz de las campañas anarquistas podría perjudicar gravemente sus intereses políticos, pero tampoco está dispuesto a permitir que los procesados residan en suelo francés por lo que opta por una solución pragmática: la misma policía francesa los introduce clandestinamente en Bélgica tras ponerlos en libertad. Pocas semanas más tarde, las autoridades belgas pagarían a las francesas con la misma moneda reintroduciéndolos de nuevo en Francia de forma encubierta. Evidenciada su situación irregular, las autoridades francesas los condenan a seis meses de cárcel por haber quebrantado la orden de expulsión tras los cuales son desterrados de nuevo del país. La Unión Soviética les ofrece asilo con la condición de reconocer públicamente las bondades del estado y el sistema de gobierno ruso. Declinan la oferta y a lo largo de 1928 viajan de incógnito de un lado para otro, ocultándose en diversos lugares entre Francia y Alemania. Finalmente y tras arduas negociaciones promovidas por anarquistas franceses, el gobierno belga consiente a principios de 1929 que residan en el país siempre y cuando acepten hacerlo bajo identidad falsa. Ascaso llegaría a decir respecto a este bizarro cúmulo de situaciones: «Es lo más curioso que me

ha ocurrido nunca. La legalidad sirviéndose de la ilegalidad». Será durante esta época cuando Durruti conocerá a Emilienne Morin, la que sería su compañera sentimental hasta su muerte en 1936.

En abril de 1931, exiliado Alfonso XIII e instaurada la II República, Durruti y Ascaso regresan a Barcelona merced a una amnistía firmada por el gobierno republicano. Para su desilusión descubren que la nuevamente legalizada CNT colabora de forma abierta con la proclamada república otorgando el beneplácito a sus propuestas de reforma, propuestas que Durruti considera del todo insuficientes. Desengañado, comienza a relacionarse activamente con miembros de la FAI —Federación Anarquista Ibérica, organización creada en secreto en 1927 por miembros del ala más radical de la CNT— que consideran que, a pesar de los logros obtenidos con el nuevo gobierno, no es el momento de detenerse y recrearse en ellos sino de seguir adelante en la lucha libertaria. Junto a algunos miembros de la FAI y otros viejos camaradas —Ascaso, García Oliver, Ricardo Sanz, Antonio Jover— funda un grupo de acción directa denominado «Nosotros» que, en el fondo, no es más que la reorganización del antiguo grupo «Los Solidarios». El 1 de mayo, con motivo de la Fiesta del Trabajo, se celebra un mitin en el palacio de Bellas Artes de Barcelona. Allí, Durruti se dirige a los congregados pronunciando incendiarias palabras con las que defiende que la instauración de la república no es más que el punto de partida

de una revolución que aún está por llegar. Tras el mitin, los congregados inician una manifestación que termina en enfrentamiento armado con las fuerzas de orden público en la plaza de San Jaime. Resultado: tres muertos y una veintena de heridos.

A lo largo de 1931 la decepción y el inconformismo de la clase obrera, que comprueba cómo la república está minando las expectativas de un auténtico cambio social tras la renuncia de Alfonso XIII, se hace cada vez más palpable y evidente. Los conflictos se suceden sin tregua. Conatos de huelga diseminados por todo el país, asalto y quema de conventos y otras sedes religiosas —a los que los obreros culpan de gran parte de sus males—, desórdenes callejeros... Diversos miembros del gobierno republicano acusan a la CNT y particularmente a la FAI de ser los alborotadores, los promotores del general clima de descontento que se vive en toda España. Comienza a producirse una clara escisión entre el gobierno y las organizaciones anarquistas. Las cortes constituyentes aprueban la denominada «Ley de Defensa de la República» que, entre otros aspectos, se manifiesta, de forma encubierta pero evidente, en contra de las agrupaciones sindicales más extremistas.

Ortega y Gasset, uno de los principales adalides de la república en sus comienzos, escribe un feroz artículo crítico en el que acuñaría su conocida sentencia: «No es esto, no es

esto». La situación se convierte en una bomba a punto de estallar. La incógnita es cuánto tardará en hacerlo.

A finales de 1931 nace Colette, la hija de Durruti y Emilienne Morin. El 18 de enero de 1932 se produce el primero de una serie de convulsos acontecimientos que hará tambalear los cimientos de la II República a lo largo de su breve existencia. La FAI promueve una insurrección en el Alto Llobregat que se salda con la proclamación del comunismo libertario, el colectivismo y la destrucción de los registros de la propiedad en algunos de los pueblos de la región (Figols, Manresa, Berga, Suria, Sallent). La reacción del gobierno no se hace esperar. Interviene el ejército y el conato de sublevación es sofocado duramente. Tras los hechos, la policía detiene a todo revolucionario significado aplicándoles la Ley de Defensa de la República. El 10 de febrero, ciento veinticinco militantes anarquistas son deportados a Bata (Guinea) en el buque «Buenos Aires». Entre ellos se encuentran Durruti, los hermanos Ascaso y Jover. Sin embargo, una circunstancia casual hará que Durruti termine desterrado en Fuerteventura. A su llegada a Guinea, el gobernador de Villa Cisneros se niega a admitir bajo su jurisdicción a algunos de los prisioneros, entre ellos y de forma destacada a Durruti y sus acólitos. No se dan muchas explicaciones y nadie alcanza a comprender los motivos. Poco después descubrirían que el gobernador de Villa Cisneros es hijo de González Regueral, ex gobernador civil de Bilbao y férreo represor de sindicalistas cuya muerte —ocurrida

en 1923, apenas dos semanas antes del asesinato del arzobispo Soldevilla— se atribuyó en su momento al grupo «Los Solidarios».

Tras permanecer confinados en la isla canaria durante nueve meses, Durruti, Ascaso y Cano Ruiz —los tres últimos en abandonar el destierro— son liberados merced a presiones populares. A su vuelta a Barcelona en octubre de 1932, Durruti persiste en su idea de poner en práctica una auténtica revolución libertaria ya que, a esas alturas, está plenamente convencido de que la república ha traicionado todas sus esperanzas. Para ello se une a un plan gestado durante su forzosa ausencia por varias organizaciones anarquistas —encabezadas por la FAI— con el fin de llevar a cabo una nueva sublevación de ámbito nacional que tendría lugar en enero de 1933. Durruti, Ascaso y García Oliver serán los encargados de coordinar el alzamiento en Barcelona. Días antes de la fecha señalada, las autoridades son informadas de la conjura anarquista y se preparan para abortarla de raíz. El 8 de enero y al grito de «¡abajo el gobierno!», cientos de obreros de Cataluña, Madrid y Levante se disponen a asaltar los cuarteles de sus respectivas ciudades al tiempo que en algunas poblaciones se trata de instaurar el comunismo libertario. Las fuerzas públicas, preparadas y avisadas de antemano, responden con saña y la sublevación es aplastada casi de inmediato. El episodio más célebre —tristemente célebre— de este conato de insurrección se producirá en el pueblo gaditano

de Casas Viejas, donde un grupo de nueve personas, cuyas edades oscilaban entre los once y los setenta años, que había buscado refugio en un chamizo de las afueras del pueblo es asediado durante veinticuatro horas, acosado, tiroteado y finalmente quemado vivo —tras prender fuego al cobertizo que le servía de refugio— por las fuerzas del orden. Tristemente célebres fueron también las palabras atribuidas a Manuel Azaña —que, a la postre, le costarían el cargo pocos meses después— cuando recibió notificación del incidente: «¡NI HERIDOS, NI PRISIONEROS! ¡TIROS A LA BARRIGA!».

Durruti y Ascaso son detenidos de nuevo en marzo de 1933 tras haber participado en un mitin anarquista en Sevilla. Permanecen encarcelados en la Modelo de Barcelona hasta julio, fecha en la que son trasladados al penal de Santa María, en Cádiz, aún sin acusación en firme. Son liberados en octubre tras haberle sido aplicada la recién creada «Ley de Vagos y Maleantes», arbitraria fórmula jurídica promulgada en agosto de 1933 que solía emplearse como subterfugio para justificar detenciones llevadas a cabo por causas espurias. A finales de 1933 los conflictos sociales no cesan. Alcalá Zamora, presidente de la república, resuelve disolver las cortes y convocar nuevas elecciones en noviembre. La coalición de ideología conservadora CEDA, encabezada por José María Gil-Robles, se erige vencedora. En diciembre se forma nuevo gobierno, presidido por Alejandro Lerroux. Los ambientes revolucionarios se encrespan, más aún si cabe, ya que intuyen en el nuevo

gobierno de tendencia derechista un evidente retroceso en sus pírricos avances sociales y un retorno a la situación vigente en los tiempos de la dictadura de Primo de Rivera. Todas las agrupaciones izquierdistas —PSOE, PCE, CNT, FAI— lanzan proclamas incitando a la huelga general y a la insurrección armada. Con el fin de coordinar un nuevo levantamiento a escala nacional, se crea en diciembre el Comité Nacional Revolucionario al que rápidamente se unen, entre otros, Durruti y Ascaso. El gobierno decide encarar la situación con mano dura y se producen masivas detenciones entre las filas sindicalistas. Durruti vuelve a ser detenido junto a cientos de anarquistas y es encarcelado en el penal de Burgos, de donde recobrará la libertad en el mes de mayo de 1934 merced a una amnistía.

El periodo conocido bajo el nombre de «bienio negro» (1934-1936) transcurrirá entre huelgas, detenciones masivas y cruentos enfrentamientos entre obreros y fuerzas del orden público, hechos a los que Durruti no es ajeno y en los que alternará meses de cárcel con semanas de arrebatada militancia anarquista. En octubre de 1934 se produce la insurrección de Asturias donde durante catorce días los obreros mantendrán una batalla campal contra el ejército que terminará siendo aplastada sin contemplaciones. Pocos días después, Durruti vuelve a ser detenido mientras se encontraba en un mitin en Valencia. En febrero de 1935 es puesto en libertad para volver a ingresar en prisión en agosto de ese

mismo año. Durante sus largas estancias en la cárcel mantendrá activa correspondencia con otros miembros anarquistas encarcelados en Burgos y Barcelona en la que declara de forma profética que «España se encuentra al borde, bien de una revolución, o bien de una guerra civil».

A finales de 1935, Lerroux se ve obligado a abandonar su cargo debido a múltiples escándalos de índole financiera y es sustituido de forma temporal por Pórtela Valladares. Alcalá Zamora disuelve las cortes de nuevo y convoca elecciones en febrero. Entre los meses de diciembre de 1935 y enero de 1936 se suceden continuos mítines organizados por la CNT y la FAI en los que se alecciona a los asistentes en contra del fascismo y se aboga por la necesidad de una unidad revolucionaria. Toda figura libertaria de hondo calado intelectual y reconocida solvencia es invitada a participar en estos actos. Permitir que la derecha gane de nuevo unas elecciones resulta un lance demasiado arriesgado. La consigna es vencer a toda costa y por ello, el 15 de enero de 1936 se firma el pacto del Frente Popular en el que todas las fuerzas de izquierda se comprometen a hacer causa común de cara al cercano sufragio. La coalición izquierdista gana las elecciones del 16 de febrero por un apurado margen y nombra presidente del nuevo gabinete a Manuel Azaña. Durruti —en aquella época, en prisión— es puesto en libertad gracias a una amnistía general de presos políticos.

Pese a haber vencido los comicios el Frente Popular, el clima de tensión no tiene visos de desaparecer sino todo lo contrario. En toda España se siguen produciendo enfrentamientos hostiles entre la izquierda y la derecha que, aun habiendo sido derrotados en las urnas cuentan, cada vez más, con el apoyo tácito del ejército. A primeros de mayo se lleva a cabo en Zaragoza el IV Congreso Confederal de la CNT. El día 12, Durruti participa en un multitudinario mitin en la plaza de toros de Zaragoza. Durante la asamblea se defiende la necesidad de crear unas milicias confederales que sirvan de garante ante una inminente y más que probable sublevación militar. Algunos tachan la propuesta de exagerada e incluso se burlan abiertamente de su alarmismo. Cipriano Mera llega a decirles a Ascaso y García Oliver en tono jocosos que: «de qué color querían el fajín de general». El clima de agitación social alcanza su punto más álgido durante el mes de julio de 1936. El día 2, un grupo de jóvenes socialistas dispara sobre falangistas reunidos en el bar Roig de la calle Torrijos de Madrid. Resultado: 2 muertos. El día 12 es asesinado en Madrid, supuestamente a manos de pistoleros falangistas, el Guardia de Asalto José del Castillo. Pocas horas más tarde y en represalia por el atentado, es secuestrado y posteriormente asesinado el diputado monárquico José Calvo Sotelo a manos de miembros de la Guardia de Asalto. La situación estalla. El día 17 de julio a las cinco de la tarde —«el 17 a las 17» era la consigna—, se produce la temida sublevación militar en Melilla y Ceuta. El día 18, el alzamiento es secundado con resultados

desiguales por varios enclaves militares en las principales ciudades de la península: Madrid, Barcelona, Zaragoza, Teruel, Salamanca, Valencia, Bilbao. En la mañana del 19 de julio España se levanta con la noticia del alzamiento. En Barcelona, los militares insurrectos esperan la llegada del general Goded desde Palma de Mallorca para hacerse cargo de la sublevación. Cientos de ciudadanos barceloneses, principalmente militantes anarquistas y sindicalistas, se echan a la calle con la intención de frenar la intentona militar. La prioridad es obligar a los militares a deponer su actitud. El pueblo catalán le exige a Companys, como presidente de la Generalitat, que le haga entrega de armas con las que combatir a los sediciosos. La negativa de este exacerba los ánimos de los anarquistas que deciden actuar por su cuenta y riesgo. Al frente de las fuerzas populares se encuentran Durruti, Ascaso, Jover, García Oliver, Aurelio Fernández y otros significados anarcosindicalistas de la ciudad. La sublevación va siendo controlada poco a poco, calle a calle, plaza a plaza. Los reductos facciosos van cayendo uno tras otro. Tan sólo el cuartel de Las Atarazanas, sede de la Capitanía General de Barcelona, sigue ofreciendo resistencia. El pueblo se lanza a la conquista de las dependencias militares. En cabeza figuran Durruti y Ascaso dirigiendo las milicias anarquistas. El intercambio de disparos se mantiene durante toda la noche y a la mañana siguiente, lunes día 20, se prepara el asalto final a Las Atarazanas. Los anarquistas toman posiciones. En el fragor de las primeras escaramuzas, Durruti es herido levemente y Francisco Ascaso recibe un certero y fatal

disparo en la cabeza. Las Atarazanas son tomadas finalmente y Goded acepta rendirse ante José Aranguren, general de brigada de la Guardia Civil. La muerte de Ascaso, amigo y compañero de correrías durante tantos años, supone un durísimo golpe para Durruti.

El 21 de julio se constituye el Comité Central de Milicias Antifascistas de Cataluña en el que se integra Durruti como representante de la CNT. Su finalidad: reclutar milicianos dispuestos a defender la retaguardia de la agresión fascista. La propuesta tiene una masiva aceptación, de tal manera que el día 24 queda constituida la «columna Durruti», que parte de forma inmediata hacia Zaragoza con el fin de liberar la ciudad que se halla en manos de los sublevados. Entre los miembros de la columna y en calidad de asesor militar de Durruti se encuentra el sargento Manzana quien, a la postre, sería testigo de excepción —y gran incógnita— de las circunstancias que rodearon la muerte del líder anarquista.

La primera victoria de la «columna Durruti» se produce con la recuperación de Caspe, a la que rápidamente siguen otras: Pina del Ebro, Bujaraloz, Valfarte, Candamos... Los éxitos de la columna se suceden uno tras otro, vigorizando el ánimo de los milicianos. Durruti establece su centro de operaciones en Bujaraloz y desde allí trata de organizar a los milicianos de la forma más eficiente posible. Muy pronto comienza a adolecer de serios problemas de organización y, sobre todo, de suministros. Sufre grandes dificultades para armar y equipar a

los cada vez más numerosos integrantes que se van uniendo a la columna. Trata de ponerse en contacto, sin resultado, con diversos miembros del gobierno para gestionar la recepción de abastecimientos de forma urgente. Todos le prometen inmediatas soluciones que jamás llegarían. Durante los meses de agosto y septiembre se produce un lapso de inactividad —obligada por la falta de pertrechos y municiones— que la columna aprovecha para fortalecer las posiciones ya tomadas, viéndose obligados a retrasar el ataque final contra Zaragoza.

A principios de noviembre de 1936, el ejército nacional avanza desde el sur de la península ganando posiciones a pasos agigantados. Se constata la posibilidad de que Madrid caiga muy pronto en manos de los militares sublevados. Por ello se solicita la colaboración de las milicias anarquistas catalanas para que contribuyan a la defensa de la capital. Horacio Prieto, secretario del Comité Nacional de la CNT, se desplaza hasta Bujaraloz para entrevistarse con Durruti y solicitarle que se desplace a Madrid de inmediato. Durruti argumenta que, además del inconveniente de encontrarse pésimamente pertrechados, la presencia de su columna en el frente de Aragón es necesaria y que no va a marchar a Madrid. Ante su rotunda negativa, se recurre a García Oliver y a Federica Montseny para tratar de convencerlo. A regañadientes, Durruti reúne un contingente de 1.400 milicianos y parte hacia Madrid. El 8 de noviembre, las tropas sublevadas, comandadas por el general Varela, llegan a Madrid y se establecen en las

inmediaciones de la Casa de Campo y la Ciudad Universitaria, a las puertas de la capital. Las posibilidades de que la ciudad caiga en manos de los facciosos se cuentan por horas. La «columna Durruti» llega a Madrid al atardecer del día 15 y es destinada de inmediato a combatir al frente de la Ciudad Universitaria. Durruti establece su cuartel general en el palacio de los Duques de Sotomayor, en la calle Miguel Ángel. A lo largo de los días 16 y 17 la columna se bate sin descanso en los alrededores del Hospital Clínico de Madrid. Los milicianos están extenuados y el número de bajas es alarmante. El empuje de las tropas nacionales hace temer en varias ocasiones que los sublevados tomen Madrid de un momento a otro. Durante la madrugada del 17 al 18 de noviembre, Durruti recorre sin descanso el frente acompañando a sus hombres, a los que trata de infundir todo el ánimo que le es posible. La consigna es resistir, resistir por todos los medios el embate de los sublevados.

SU MUERTE

En la madrugada del 18 al 19 de noviembre los milicianos se preparan para asaltar el Hospital Clínico, en manos de las tropas moras. Consiguen entrar en el inmueble pero durante su acción son rechazados por los destacamentos allí refugiados y se inicia un brutal combate en el interior del recinto. La lucha se lleva a cabo planta por planta, prácticamente cuerpo a cuerpo. Tras unas pocas horas, los milicianos deciden replegarse y volver a sus posiciones iniciales. La moral de los anarquistas pasa por uno de sus momentos más desalentadores. Muchos se plantean abandonar su posición tras haber estado cuatro días combatiendo sin descanso, sin dormir, ateridos por el frío y prácticamente sin comer. Los mandos de la columna informan a Durruti de la difícil situación y este decide personarse en la línea de frente acompañado de Julio Graves, su chófer habitual, y del sargento Manzana, siendo precedidos en su recorrido por otro vehículo en el que viajan Antonio Bonilla, Lorente y Miguel Doga. Cuando se encuentra a pocas manzanas del Hospital Clínico, Durruti se topa con un grupo de milicianos que parece retirarse y abandonar sus posiciones. Ordena a Graves que detenga el

vehículo y desciende con intención de amonestarles. Tras mantener una breve conversación con ellos, se dirige de nuevo al coche. Se escucha un disparo. Durruti se desploma con el pecho ensangrentado. Es subido al automóvil y conducido a toda velocidad al Hotel Ritz, reconvertido por esas fechas en el Hospital de las Milicias Confederadas de Cataluña. Tras ser atendido por los doctores Bastos Ansart y Santamaría durante doce horas en las que el herido se debatiría continuamente entre estados de semiinconsciencia, Durruti fallece en la madrugada del 20 de noviembre de 1936. Causa oficial de la muerte: hemorragia pleural causada por herida de arma de fuego.

¿QUIÉN MATÓ A DURRUTI?

La pregunta del millón. Por desgracia, lo cierto es que a día de hoy, no existe una respuesta que permita desvelar tal incógnita de una forma certera y satisfactoria. A falta de evidencias claras y determinantes, a lo más que podemos aspirar es a tratar de matizar las condiciones que subyacen tras el interrogante. Mucho se ha especulado acerca de las circunstancias que rodearon la muerte de Buenaventura Durruti. Por dudar, incluso se ha puesto en tela de juicio en numerosas ocasiones hasta el lugar exacto en el que transcurrió el incidente. Hay que partir de la premisa de que, sobre el fallecimiento de Durruti, no existe ninguna certeza absoluta salvo la del hecho de su propia muerte y que por ello, debemos movernos siempre en el

ámbito de las hipótesis —habiéndolas por decenas—. Llegados a este punto vamos a dejar a un lado aquellas teorías disparatadas, de corte efectista o de intención claramente manipuladora, tratando de exponer lo que se consideran hechos probados o, al menos, hechos que poseen la suficiente base testimonial y documental como para permitir arrojar mínimas dudas acerca de su verosimilitud.

Tras los primeros instantes de confusión, una primera versión oficial apunta a que un disparo realizado desde las terrazas del Hospital Clínico de Madrid, en esos instantes tomado por las fuerzas nacionales, acabó con la vida del anarquista. Diversos testimonios manifiestan que el coche en el que viajaba Durruti esa mañana iba ocupado por Graves, el chófer, en la parte delantera y viajando en la parte posterior, se encontraban el sargento Manzana y Durruti. Las declaraciones indican que el vehículo se hallaba estacionado a unos seiscientos metros del hospital cuando Durruti cayó herido, siendo esta una distancia aceptable para un tirador avezado pero, por otro lado, diferentes testimonios sostienen que el herido presentaba en su zamarra de cuero un rastro circular de pólvora deflagrada, inequívoca señal de un disparo hecho a quemarropa. La información, por sí sola, no es más que otra hipótesis puesto que no se conserva la prenda pero, asociándola a otros detalles conocidos, nos permite argumentar con cierta solvencia la teoría de un disparo hecho a corta distancia. Por ejemplo, las heridas presentadas. Según la creencia generalizada, Durruti

tenía alojada en su pecho la bala que le había herido y que, durante su estancia en el hospital, se estudió la posibilidad de intervenirle con el fin de extraérsela pero, según ciertas fuentes —entre ellas, algunos de los médicos que le atendieron—, la bala presentaba orificio de entrada en el espacio intercostal ubicado bajo la tetilla izquierda y orificio de salida en el centro de la espalda. Según esas mismas fuentes es cierto que se estudió la posibilidad de intervenirle, pero no para extraer la bala puesto que esta no se hallaba alojada en el herido, sino con la intención de atajar la profusa hemorragia interna, de extrema gravedad, que este presentaba. Por tanto, si la trayectoria presentaba orificio de entrada y de salida, es más lógico pensar en la hipótesis de un disparo hecho a corta distancia que en uno realizado a seiscientos metros. Otro detalle que avala esta teoría: en su declaración inicial, Julio Graves, el chófer, expone que momentos antes de advertir que Durruti caía herido pudo escuchar de forma clara una detonación. Este aporte puede entenderse de múltiples formas. Bien podría referirse a alguno de los disparos producidos en los alrededores —recordemos que la zona era frente de guerra— pero su testimonio nos puede dar a entender que oyó un disparo en concreto, uno que tuvo la oportunidad de escuchar lo suficientemente cercano como para prestarle mayor atención.

Si tomando como base estas deducciones aceptamos como válida la premisa o hipótesis del disparo a corta distancia, el

asunto adquiere otro cariz muy diferente al indicado por la versión oficial. Las personas más próximas a Durruti en el momento de su muerte serían: Julio Graves, el chófer; el sargento Manzana, que lo acompañaba y que descendió del vehículo Junto a él y el grupo de milicianos a los que el anarquista se detuvo a reprender. Si seguimos un procedimiento de eliminación, podríamos descartar a los milicianos —una de las múltiples hipótesis existentes apunta hacia ese lado— puesto que Durruti ya había terminado de conversar con ellos y se retiraba hacia el vehículo —de hecho se estaba introduciendo en él— cuando fue alcanzado. La proximidad no parece suficiente para efectuar un disparo a quemarropa. Según otros testimonios Julio Graves no llegó a descender del vehículo durante el incidente, manteniéndolo en marcha en todo momento por lo que podemos deducir que, desde su posición, se hace inverosímil el que fuese de alguna manera responsable del disparo que acabó con la vida de Durruti. Nos quedan el sargento Manzana y el propio Durruti. Según algunos de los médicos que lo atendieron, profesionales acostumbrados a tratar de forma habitual a heridos en combate, la herida presentaba el aspecto de haber sido producida por una bala del calibre «9 largo» —aspecto que no se puede confirmar ni desmentir puesto que el proyectil no se conserva. Tomemos esta apreciación con la suficiente y necesaria asepsia—. El único arma que solía portar Durruti de forma habitual era un viejo Colt que ocultaba siempre bajo su zamarra. Cabría la posibilidad de un disparo accidental

provocado por el propio Durruti, pero la aureola de pólvora impresa en el exterior de su cazadora de cuero nos evidencia que el disparo no pudo producirse con ese arma. ¿Llevaba Durruti alguna otra arma ese día? Hay testimonios contradictorios al respecto. Algunos lo afirman, otros lo niegan. En lo que sí coinciden la mayoría de ellos es que el sargento Manzana solía portar de forma habitual un subfusil de tipo Schmeisser MP-28 —conocidos popularmente con el sobrenombre de «naranjeros»—. Nuevamente la fatalidad parece entrar en escena. El «naranjero» era un arma apreciada por su potencia y robustez, pero adolecía de un grave defecto de diseño: carecía de seguro de transporte por lo que, una vez montada, el más mínimo golpe provocaba su disparo accidental. Hay constancia de que el coronel López Tienda sufrió una accidente de similares características en la zona de la carretera de Extremadura apenas un mes antes de la muerte de Durruti. Y, curiosamente, este arma usa balas del calibre «9 largo».

Ítem más, existen testimonios que confirman el hecho de que el sargento Manzana fue herido pocos días antes del suceso y que, debido a esto, llevaba el brazo en cabestrillo —en las exequias de Durruti aún lo llevaba. Fue visto por numerosos testigos e incluso existen documentos gráficos que así lo demuestran—. Si ese día portaba su arma habitual y contaba con el impedimento de llevar inmovilizado el brazo, no es descabellado suponer que el arma pudo escurrírsele

accidentalmente de las manos, golpear el suelo y dispararse fatalmente en el momento en que Durruti se encontraba inclinado en un ángulo cercano a los 90 grados para introducirse dentro del vehículo —recordemos la trayectoria prácticamente plana de la bala—. ¿Ocurrió así? Imposible saberlo. ¿Pudo ocurrir así? Es una conjetura, cuanto menos, factible.

Manteniendo pues esta línea hipotética, podemos concluir que todos los indicios apuntan hacia el hecho de que un desgraciado accidente, provocado por el propio Durruti o, más probablemente, por el sargento Manzana acabó con la vida del líder anarquista el 19 de noviembre de 1936.

LUCES Y SOMBRAS

Si todo se debió a un fatal accidente, ¿por qué el halo mítico creado alrededor? Existen múltiples razones que permiten explicarlo y decenas de curiosos detalles que permiten avalar cualquiera de dichas razones. En su momento, el principal error fue tratar de ocultar la verdad. ¿Por qué se decidió silenciar los auténticos detalles del suceso? Porque, en ese instante y situación, así convenía a muchos de los sectores implicados en el encubrimiento. La finalidad principal de este sería la de evitar suspicacias que pudieran derivar en un auténtico y definitivo cisma en las filas de la república. En esa época los ánimos

estaban demasiado soliviantados. Los marxistas del POUM, junto a los anarquistas de la FAI y la CNT, en continua pugna con los comunistas por sus diferentes criterios a la hora de implantar la revolución social. Algunos de los sectores más conservadores de la CNT propugnaban la idea de apartar a Durruti ya que consideraban que se estaba radicalizando en exceso y que eso perjudicaba los intereses de la revolución. Por el contrario, los sectores más extremistas de la CNT no estaban de acuerdo con dicha postura ya que veían en Durruti al auténtico valedor de sus consignas. En definitiva, cualquier intento de explicar que la causa de todo había sido un desafortunado accidente no habría sido creído por ninguna de las partes; habrían aprovechado la ocasión para desatar una lluvia de acusaciones de unos contra otros, que hubiera acabado desembocando en una autentica batalla campal en el seno del gobierno. Y eso no beneficiaba a nadie. Era más sencillo culpar a «una maldita bala fascista» y hacer de ello un frente común.

Por otro lado, al gobierno republicano le interesaba el encubrimiento, principalmente por dos motivos: uno, que la pérdida de un líder tan carismático a manos de un estúpido accidente hubiera provocado la desmoralización inmediata de la tropa. Era preferible echar la culpa a los rebeldes para darles a los milicianos un motivo más de odio, un motivo más para luchar. Y dos, explicar que el accidente se produjo por la ineficacia del armamento usado, hubiese provocado, además

de la propia desmoralización, una desconfianza increíble hacia su material bélico. El gobierno no podía admitir que estaban peleando con armas que si bien no eran defectuosas, eran inseguras y provocaban accidentes. En definitiva, es muy probable que la decisión de ocultar los detalles no fuese tomada con el fin de encubrir un acto ilícito sino más bien por una cuestión de interés coyuntural. Por desgracia, el exceso de cabos sueltos y testimonios contradictorios que surgieron alrededor de una mentira pobremente urdida, terminarían por propagar y extender el halo mítico que a día de hoy rodea la muerte de Durruti.

En cualquier caso conviene recordar que, como en toda disertación hipotética, nos movemos siempre en el terreno de las incertidumbres y que las planteadas en este epílogo quizá no consigan más que añadir nuevos interrogantes. Sin datos contrastables no podemos negar de forma tajante que la muerte de Durruti fuese planeada, urdida y ejecutada de forma calculada al igual que no podemos despreciar el hecho de que ciertos detalles de esta historia permanecen como puntos oscuros o contradictorios en contra de cualquier argumentación que pretenda defenderse. Por ejemplo, no podemos descartar —ni probar tampoco— de forma taxativa que el sargento Manzana efectuara un disparo intencionado y no accidental; ya que nos resulta muy llamativa la circunstancia de que, una vez acabada la contienda, José Manzana se exiliara en México y que, siendo un representativo miembro

anarquista, tratara de evitar todo contacto con antiguos compañeros y con el gobierno republicano en el exilio, hasta el punto de llegar a perderse su pista por completo. O tampoco podemos negar el hecho de que José Manzana, durante el asalto a las Atarazanas del 19 de julio, se encontrara en el interior del cuartel al lado de los sublevados y que posteriormente, tras ser tomadas las dependencias militares, saliera de ellas y se uniera a la causa anarquista. Son detalles que, sin acusar directamente a nadie, se hacen difíciles de encajar en cualquiera de los razonamientos, en cualquiera de las conjeturas que se planteen. Y es que, en el fondo, son esas circunstancias las que consiguen que el mito de Durruti perviva en el tiempo. Y que lo siga haciendo después de tantos años.

¿UNA ÚLTIMA VUELTA DE TUERCA?

Recientemente y de manera fortuita —a raíz de mi intervención en un foro de Internet en el que se debatía sobre la figura de Buenaventura Durruti— alguien contactó conmigo. Ese alguien decía ser descendiente de José Manzana Vivó y, constándole los distintos rumores e hipótesis que circulaban en torno a la figura de su familiar, estaba particularmente interesado en encontrar la forma de limpiar su nombre y su memoria. Teniendo en cuenta que hablamos de un personaje crucial en el ámbito de los hechos tratados —uno de los dos

únicos testigos del disparo que acabó con la vida de Durruti— y que su rastro se perdió hacía muchísimo tiempo — contribuyendo en gran medida al halo de misterio que surgió en torno a su figura—, pueden hacerse una idea de mi estupor. Lo cierto es que acogí el mensaje de esta persona con alborozada esperanza. Y también con la necesaria e inevitable cautela. Le dije que no ponía en duda su palabra, pero que entendiese que necesitaba contrastar la información que me ofrecía. Le solicité que me aportase algo que probase su identidad. Algún testimonio, algún documento, alguna fotografía de la época durante la que nada se supo de José Manzana. Durante varios meses en los que los contactos se produjeron de manera muy esporádica —apenas cuatro o cinco—, la actitud de mi interlocutor resultaba sorprendentemente esquiva. Excesivamente reservada para lo que aparentemente pretendía: la reivindicación de una figura cercana y querida que había sido denostada durante años. Incluso llegué a pensar que se trataba de un bromista o de alguien con afán de notoriedad. Me suministraba información con cuentagotas, trivial la mayor parte de las veces, para luego permanecer en silencio durante semanas. Pero a lo largo de estos escasos contactos, esta persona me reveló algunos datos de carácter familiar que eran contrastables en cierta medida al tiempo que me explicaba que su ancestro no era en absoluto esa persona de la que todo el mundo se había formado una imagen tan negativa y siniestra. Que siempre había sido una buena persona y que durante muchos años se dolió y apenó

profundamente por lo sucedido tras la Guerra Civil española y, particularmente, por la muerte de Durruti. Y que su dolor era tan grande que apenas hablaba de esos hechos ni tan siquiera con su familia. Un día, esta persona me hizo llegar un par de fotos pertenecientes a su álbum familiar

Allí, en efecto, en aquellas dos fotos, se encontraba el sargento Manzana. O alguien que guardaba un extraordinario parecido con él.

Traté de obtener más datos. Insistí a esta persona para que me relatase todo lo que ella o su entorno familiar recordasen acerca de lo mucho o poco que José Manzana había podido contar sobre sus vivencias en España. Los contactos se volvieron dolorosamente esporádicos y cuando se producían, el mayor interés de esta persona parecía centrarse en remarcar las bondades personales de su ancestro. Aun así, me transmitió algunos datos muy interesantes que me gustaría compartir en este texto.

La pista de José Manzana Vivó parece perderse en el momento de iniciarse su exilio en México una vez terminada la Guerra Civil. Según los datos obtenidos, José Manzana desembarcó en el puerto de Veracruz en el verano de 1939. Poco tiempo después se trasladó a Ciudad de México. Mi informante insiste en el hecho de que, durante su estancia en Ciudad de México, jamás perdió el contacto con la colonia española de exiliados con los que mantenía una relación cordial y una estrecha amistad. Este hecho resulta de gran relevancia

puesto que tal contacto no sólo ha sido puesto en duda, sino que se ha negado taxativamente en numerosas ocasiones. Una vez instalado en México D.F. se convirtió en un reputado empresario fundando un negocio relacionado con la industria farmacéutica. Se casó y tuvo cuatro hijos. Su vida en México transcurrió en la más absoluta normalidad, dedicado en exclusiva a sus negocios y a su familia. Los fines de semana gustaba de practicar el tiro al blanco y de disfrutar de tertulias con otros exiliados españoles. Muy raramente hablaba de sus vivencias durante la Guerra Civil —al menos con su familia— aunque sí rememoraba con frecuencia su relación con Durruti, a quien parecía profesar un sincero afecto. Nunca se le escuchó narrar lo que ocurrió aquel día aunque en alguna ocasión mencionó que había sido «una muerte absurda» (sic). Según apostilla su familiar frente a las afirmaciones que lo tachan de traidor y de fascista encubierto, Manzana siempre manifestó su lealtad a la república, su amor por España y su repulsa hacia el gobierno del general Franco.

Según la misma fuente, José Manzana visitó España de incógnito en 1967 donde trató de conocer el paradero de su anterior esposa, a la que tuvo que dejar atrás durante su exilio y a la que mencionaba con el apelativo de Satur. Al parecer, con esta mujer tuvo dos hijos siendo uno de ellos José Manzana Martínez de Marañón, sacerdote, reputado filósofo y teólogo, autor de varios textos escolásticos de trascendencia y que falleció en los Pirineos, en un accidente de montaña, en junio

de 1978. Este dato podría ser el origen de un confuso rumor por el que, en ocasiones, se menciona que José Manzana Vivó fue en tiempos seminarista o cura.

A principios de los años setenta José Manzana enfermó de cáncer falleciendo en 1973 en México D.F.

En conclusión: a la luz de los —por desgracia, escasos— datos obtenidos y de la parcialidad de la fuente que los aporta, aún no estamos en disposición de negar ni afirmar rotundamente que, incluso dando por sincera su adhesión a la república y al ideal libertario, la muerte de Durruti no se debiese a un fatal accidente provocado por el sargento Manzana. Aun así, esta nueva información abre una serie de interesantes vías hasta ahora inéditas que nos pueden conducir a profundizar sobre la trayectoria vital de este curioso y desconocido personaje.

LA NOVELA

Por incongruente que pueda parecer la siguiente afirmación, la Historia no está escrita. Continuamente surgen nuevos datos sobre hechos históricos que creíamos consumados o perfectamente definidos y que aportan luces diferentes acerca de las circunstancias que los rodean. En el caso que nos ocupa y durante muchos años, se ha dado por aceptado que una bala nacional disparada el 19 de noviembre de 1936 desde las terrazas del Hospital Clínico de Madrid acabó con la vida del líder anarquista Buenaventura Durruti. Con el paso del tiempo, nuevas declaraciones, nuevos matices, nuevos datos, han sembrado la duda acerca de que dicha aseveración fuese correcta.

Desde hacía algún tiempo yo tenía en mente crear un relato que aunara dos de mis grandes pasiones: por un lado, los hechos relativos a la Guerra Civil española, una época de la historia de España que siempre me ha fascinado; y por otro, el tradicional género policíaco, la novela de intriga, la novela de misterio. Llevaba un tiempo intentado dar vida a una historia que incluyese ambas características y que fuese lo suficientemente atractiva y sugerente. Cuando conocí las curiosas circunstancias que rodearon la muerte de Durruti, para

mí fue como una revelación. No necesitaba crear ni inventar ningún hecho insólito y cautivador, ninguna historia particularmente truculenta: lo tenía todo ahí, al alcance de la mano. Había en esa historia demasiados matices, demasiadas incertidumbres como para no ver en ella todo un mundo de posibilidades. Tras investigar y documentarme de forma lo más exhaustiva posible acerca de dicho suceso, aparte de llegar a una serie de conclusiones personales —que traté de plasmar en la novela—, no pude por menos que jugar con todos los datos recopilados intentando establecer un hilo argumental que los enhebrase y crear con ellos una historia que navegara en torno a las distintas hipótesis que se barajan hoy en día acerca de la muerte del líder anarquista.

Inciendo en lo que comentaba acerca de mi afición por el género policiaco, decidí que dicho hilo argumental estuviese conducido por dos curiosos personajes: el comandante Fernández Durán y su asistente el teniente Alcázar que, por otro lado, no son más que trasuntos de los ancestrales Sherlock y Watson que hace ya más de un siglo creara mi admirado Conan Doyle y que hacen de mi novela una fiel deudora de los aspectos más canónicos del género. Dichos personajes son los que a lo largo del relato tratan de conducir al lector por los vericuetos de las que fueron las últimas horas de vida de Durruti mostrando cómo, en todo acontecimiento, los hechos siempre son susceptibles de ser matizados; mostrando cómo, sin tratar de mentir de forma deliberada, cada uno cuenta su

verdad, la que él cree a pies juntillas y que dicha verdad no siempre tiene por qué coincidir de forma objetiva con los hechos desnudos.

Con todos estos ingredientes decidí escribir una novela y el resultado es el que tienen entre sus manos: un libro escrito desde la perspectiva del divertimento, sin otra intención que la de atraer al lector hacia una historia singular y sin mayor propósito que el de hacerle disfrutar de una ficción interesante con la salvedad de que quizá dicha ficción contenga más elementos de verdad de los que puedan presuponerse en un principio. O quizá no. Esa es una conclusión a la que cada lector deberá llegar por sí mismo. Yo, por mi parte, creo haber cumplido con mi cometido inicial: contar una historia y difundir, con mayor o menor fortuna, unos hechos que, por lo sorprendente de las circunstancias que los rodearon, causaron en mí una cierta inquietud. Tan sólo deseo haber sabido trasladar de forma efectiva dicha inquietud a esta novela que en el año 2003 se alzó como ganadora del I Certamen Internacional de Novela Corta «José Saramago».

Desde un punto de vista más pragmático y tangible, la génesis de *El hombre que mató a Durruti* se produce a partir de un recorte de prensa que llegó a mis manos aproximadamente en agosto de 2002. En él se recogían las declaraciones que Antonio Bonilla Albaladejo, destacado miembro de la Columna Durruti y presunto testigo de primera mano de la muerte del anarquista, le hacía a Joan Llarch, autor del libro *La muerte de*

Durruti. Debido a un interés personal por conocer los avatares de la historia de España durante el periodo comprendido entre 1900 y 1950 y a mis diversas lecturas sobre dicho tema, yo conocía la figura de Durruti y tenía someras referencias sobre las curiosas circunstancias de su muerte. Poco más. Sin embargo, algo en el contenido de aquel artículo me resultó muy curioso. Además de la declaración de Bonilla, había reseñado en él un detalle que, sin ser más o menos importante que los demás, yo desconocía en aquel entonces y que llamó poderosamente mi atención: el sargento José Manzana, significado miembro de la Columna Durruti y uno de los últimos acompañantes del líder anarquista, había luchado en las Reales Atarazanas de Barcelona del lado de los militares sublevados y, una vez fue tomado el lugar, había abandonado las dependencias para unirse a las tropas milicianas. Releí el artículo de nuevo por si hubiera interpretado de forma incorrecta el dato. No era así. Y me pregunté ¿cómo fue posible? ¿Cómo un oficial del ejército que aparentemente lucha al lado de los sublevados en el inicio del levantamiento — lo cual le debería convertir, como mínimo, en persona de antecedentes sospechosos— no sólo se une a los milicianos a los que horas antes había combatido sino que además termina convirtiéndose en asesor militar, hombre de confianza y compañero inseparable de Durruti?

No pude evitarlo. A partir del escueto dato obtenido sobre la figura del sargento Manzana mi curiosidad se disparó. Y mi

imaginación también. Y dediqué mi tiempo libre —en principio, por puro placer personal, sin ningún otro ánimo posterior— a tratar de ampliar la información de la que disponía sobre la vida y las circunstancias que rodearon la muerte de Buenaventura Durruti. Para llevar a cabo esta tarea, amén de numerosos artículos, estudios y reseñas, me ayudé de tres puntales básicos, de desigual entidad desde un punto de vista documental pero todos de interesante contenido: *El corto verano de la anarquía* de Hans Magnus Enzensberger; *La muerte de Durruti* de Joan Llach y, sobre todo y ante todo, *Durruti en la revolución española* de Abel Paz, el referente más directo y preciso para todo aquel que desee acercarse con profundidad y rigor a la figura de Buenaventura Durruti. Gracias a estas lecturas y, con el tiempo, terminé conociendo y apreciando con mayor profundidad la figura del carismático líder anarquista pero, debo reconocerlo, mi interés más inmediato en ese momento se centró en las curiosas circunstancias de su muerte.

A priori, lo más llamativo de dicho asunto era la constatación de que, desde el primer momento, se generaran grandes lagunas en torno a cómo sucedieron los hechos: versiones contradictorias, declaraciones inverosímiles, testigos improbables. De hecho el propio Abel Paz, en su libro, dedica a este suceso un capítulo con el sugerente título de Las muertes de Durruti. Así, en plural. Lo más excéntrico del caso no era que, con el paso del tiempo, el acontecimiento hubiese

terminado por desvirtuarse sino que todas las declaraciones parecían estar viciadas desde el mismo momento de su concepción. Voces diferentes, cada una con el crédito que su posición merecía, se alzaban con interpretaciones diametralmente opuestas del luctuoso suceso. Por no conocerse, ni se conocía —ni se conoce a ciencia cierta— el lugar exacto dónde ocurrió el hecho. Cuantos más pormenores iba conociendo, más cuantiosas se hacían las diferencias. Cuanto más descubría, más comprobaba que todos los detalles se hallaban inmersos en una notable incertidumbre. Cuanta más documentación caía en mis manos, mayores eran las dudas surgidas. En definitiva, cuanto más avanzaba, menos parecía conocer acerca de la cuestión. Pero asimilé algo importante a lo largo del tiempo que dediqué a estudiar el hecho: aprendí a leer entre líneas, a tratar con la asepsia necesaria los datos recabados y a tratar de escrutar con cierta lucidez los testimonios que podrían ser veraces. Si un detalle concreto aparecía en tres declaraciones diametralmente opuestas, había grandes posibilidades de que ese detalle fuese digno de tener en cuenta. No es que resulte un método muy científico pero a mí me ayudó bastante a separar el trigo de la paja.

A finales de noviembre de 2002, con toda la documentación recabada hasta ese momento y casi a modo de ejercicio personal, decidí escribir un relato breve que tratase de cotejar todas las hipótesis existentes sobre de la muerte de

Buenaventura Durruti. Tratando de buscar el tono adecuado, resolví escribirlo desde la perspectiva de un relato policíaco y pude de esta manera cumplir con otro de mis deseos: rendir un homenaje sentido y consciente a uno de los padres del género, del cual siempre me he declarado ferviente admirador, Sir Arthur Conan Doyle. Y así dispuse de todos los elementos necesarios. Unos datos, una meta, una historia y una particular forma de contarla. Me puse manos a la obra y el resultado terminó siendo *El hombre que mató a Durruti*.

Durante su redacción, amén de no cejar en el empeño de reunir más y más documentación y tratar de que el relato fuese lo más veraz y verosímil posible —lo que me llevó, entre otras cuestiones, a dar grandes paseos por la Ciudad Universitaria, las inmediaciones del Hospital Clínico y la plaza de la Moncloa en busca de detalles y atmósferas que poder trasladar al texto—, me encontré con varias dificultades. La primera de ellas era de tipo narrativo. Al homenajear de forma voluntaria el tono narrativo de las novelas de Sherlock Holmes y por tratar de ser lo más fiel posible a él —aspecto que posteriormente sería calificado por algún crítico como «desafortunado exceso de intertextualidad». Qué cosas. En fin, cada cual es libre de interpretarlo como guste—, hubo momentos en los que me sentí realmente encorsetado en la forma de narrar la historia. Surgieron dudas. Por un lado, si me permitía ser más «yo», me encontraría más cómodo durante la narración pero, por otro, perdería el tono de homenaje del que quería dotar al relato.

Durante el tiempo que duró la redacción del relato estuve en la cuerda floja en varias ocasiones pero creo sinceramente que el resultado final valió la pena. Otra de las dificultades —bendita dificultad— con la que me encontré fue la ingente cantidad de material recopilado durante la etapa de documentación. Como he señalado anteriormente, mi intención inicial era escribir un relato breve que pusiese de manifiesto lo paradójico de la información disponible acerca de la muerte de Durruti, tratando de poner en boca de los protagonistas lo que no eran más que mis propias conclusiones al respecto. Quince páginas. Veinte a lo sumo. Y, sencillamente, no pude. La cantidad de datos, de matices, de incógnitas recopiladas a lo largo de meses de buscar información era tal que, una vez que traté de exponerlos de forma novelada, no puede parar. Y ello concluyó en la redacción de la obra. Corta, pero novela al fin y al cabo.

A punto de dar por finalizada la historia cayó en mis manos un interesantísimo artículo del periodista Óscar Arauxo publicado en *El periódico* de Cataluña que, además de proporcionarme la perspectiva necesaria para la particular vuelta de tuerca del capítulo final, ayudó a matizar mis propias conclusiones y a responder en parte a la cuestión que supuso para mí la chispa iniciadora de toda esta aventura: la figura del sargento José Manzana y la sorprendente relación que mantuvo con Buenaventura Durruti. Desde aquí, mi más sincero agradecimiento para el señor Arauxo.

Por último, hay una cuestión sobre la que me gustaría dejar constancia. No deja de ser una curiosidad pero deseo aclararla. El relato contiene algunos errores. *Errare humanum est*. Soy consciente de cometerlos y el tratar de defender que mi texto está libre de ellos sería de una petulancia extrema por mi parte, pero hay uno en concreto que creo que merece una explicación puesto que no es un error como tal sino un anacronismo consciente. El subfusil al que durante todo el texto se le refiere con el sobrenombre de «naranjero» no recibió dicho apelativo hasta tiempo después del momento en el que transcurren los hechos narrados en *El hombre que mató a Durruti*. Dicho fusil es una copia del Schmeisser MP-28 fabricada en Valencia —de ahí su particular apodo— a mediados de 1937. Teniendo en cuenta que la acción transcurre en enero de 1937, es harto improbable que los protagonistas pudieran referirse a él por su sobrenombre y, con toda seguridad, el fusil que portaban los milicianos en aquella época sería el MP-28 original, del cual el gobierno republicano, en años anteriores a la Guerra Civil, había hecho acopio de varias partidas con el fin de dotar con él a sus cuerpos de seguridad. Entonces, ¿por qué denominarle «naranjero» a lo largo del relato? Por claridad. Dicho apodo se hizo muy popular después de la contienda, en parte, porque el subfusil se convirtió en arma de dotación de la Guardia Civil en tiempos de la posguerra. Todo el mundo lo conoce por su sobrenombre e incluso a día de hoy, cuando historiadores y estudiosos hablan del arma que pudo acabar con la vida de Durruti, se refieren a él como «un naranjero». A pesar de la

inexactitud, me pareció correcto el referirme a dicho arma de igual manera. Ese y no otro es el motivo del error consciente.

En cualquier caso, el resultado final de ese esfuerzo es el que ahora tienes en las manos. Como autor, su desarrollo me ha colmado de satisfacciones en muchos ámbitos. Personales y profesionales. Me ayudó a conocer y comprender mejor la figura de alguien con una trayectoria vital fuera de lo común, capaz de luchar por sus convicciones hasta las últimas consecuencias, y a la vez me permitió dar a luz una obra narrativa que considero, cuanto menos, digna y honesta. Pero, en el fondo, es a ti, lector, auténtico destinatario del texto, al que ahora concierne determinar si dicho trabajo mereció la pena. Y espero, de corazón, que así haya sido.

Parque Coimbra, mayo de 2010

PEDRO DE PAZ. Nace en Madrid el 26 de octubre de 1969. Tras dedicarse durante más de quince años a la informática, en el año 2002 decide apostar por su vocación literaria. En el año 2003 escribe su primera novela, *El hombre que mató a Durruti*, con la que pretende conjugar dos de sus grandes pasiones: el periodo histórico correspondiente a la guerra civil española y la novela policíaca, erigiéndose en ganador del premio «José Saramago» de novela corta. Desde entonces no ha cesado de desarrollar su faceta literaria teniendo en su haber, amén de su colaboración en diversas antologías de relatos, la publicación de las novelas *Muñecas tras el cristal* (2006) y *El documento Saldaña* (2008).

www.pedrodepaz.com